

El Ruedo



2
Ptas.

JAAVEDRA



ENRIQUE
SEGURA

Un toro en el callejón
(Dibujo de Enrique Segura)



LA CORRIDA DEL VIERNES EN MADRID

Luis Miguel Dominguín, Pepe Bienvenida y Morenito de Talavera, con el ganadero Rogelio M. del Corral, dando la vuelta al ruedo, y los tres matadores saliendo en hombros

Fotos Baldomero)

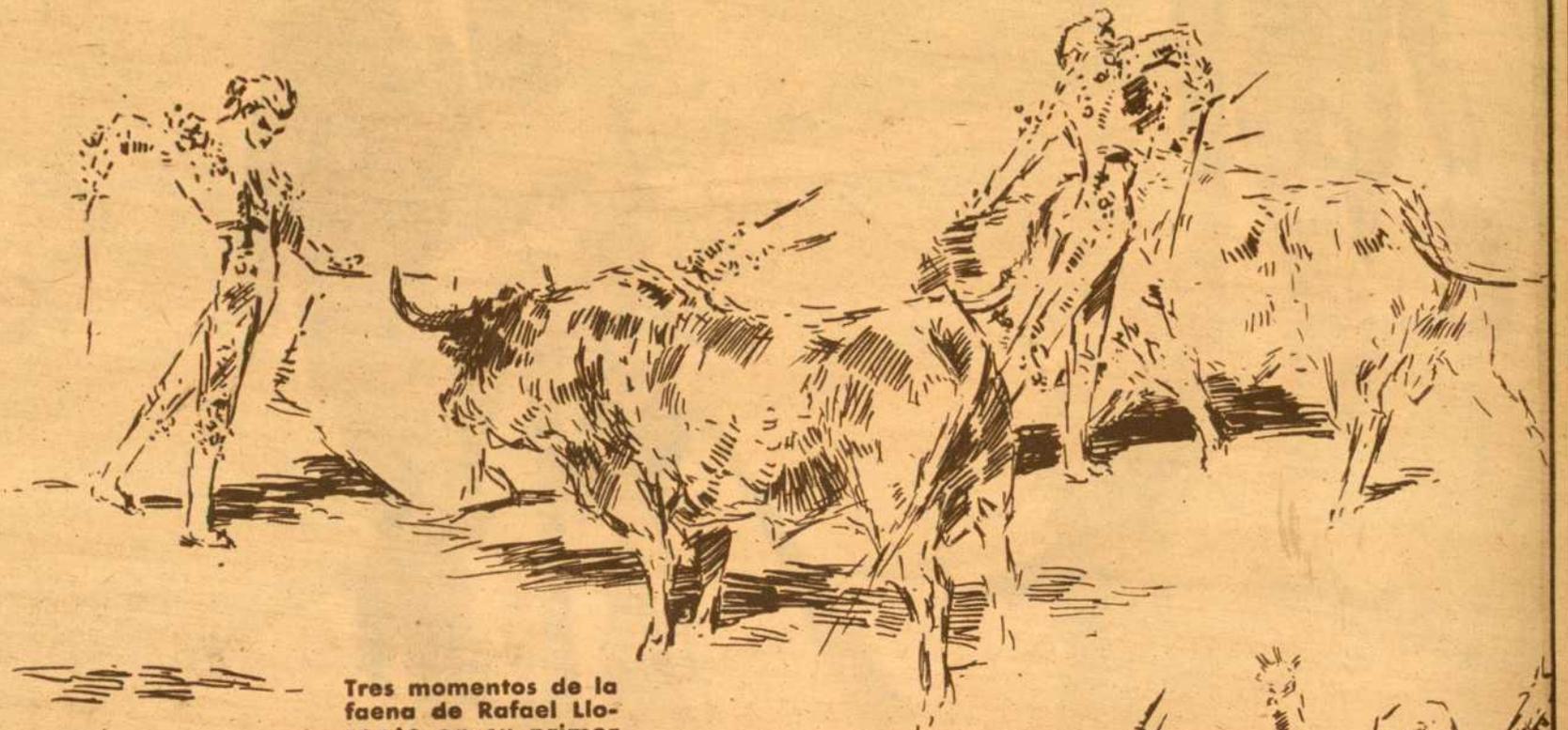
(Información en las páginas 7 y 8)



EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

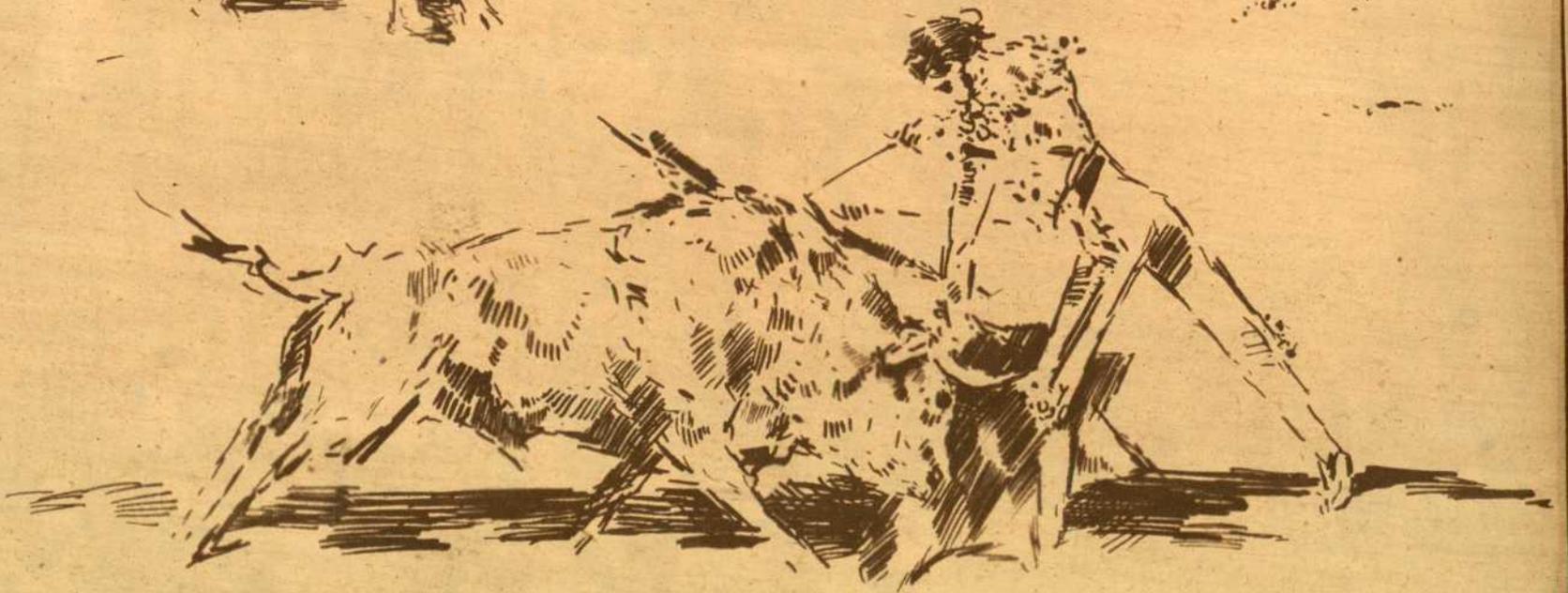
Por ANTONIO CASERO



Tres momentos de la faena de Rafael Llorente en su primer toro y entrándole a matar



Un par de banderillas de Escudero



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADOR: MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año II — Madrid, 18 de octubre de 1945 — Núm. 69

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



EL Boletín Oficial del Estado del día 11 de este mes publica un decreto del Caudillo por el que se dispone el ingreso en la Orden Civil de Beneficencia, con la categoría de Gran Cruz y distintivo blanco, del señor don Alvaro Domecq y Díez, en atención a los méritos contraídos por el ilustre caballero jerezano, recreador del rejoneo y fundador de la afición del toreo a caballo, que se ha distinguido de modo extraordinario en la práctica de la caridad», dice textualmente el referido decreto.

Aquí, en esta casa, sabemos bien de los méritos contraídos por don Alvaro, como bien lo sabe la afición española, que aplaude sus brillantísimas y desinteresadas actuaciones en favor de la infancia desvalida.

No se ha cumplido aún un año de cierto inolvidable día en el que los niños del Oratorio Festivo Domingo Gavio, de Jerez de la Frontera, tributaron un homenaje a su insigne protector don Alvaro Domecq. Nuestro inolvidable director, Manuel Fernández Cuesta, presente en el sencillo y conmovedor acto, apretaba mi brazo contra el suyo, mientras sus claros ojos se llenaban de lágrimas y exclamaba: «¡Esto es hermoso! ¡Qué gran hombre es Alvaro!»

Después me dijo: «Nosotros hemos de hacer algo que intente ser digno de su obra. Ya sé que no podemos corresponderle como se merece; pero algo hemos de hacer.»

Un par de semanas más tarde, nuestras páginas se engalanaban con la petición, para don Alvaro Domecq, de la recompensa que ahora se le ha otorgado por decreto del Caudillo. Manuel Fernández Cuesta fué iniciador de la idea y su más ardiente propagandista.

Para él se había convertido en una de sus más caras ilusiones. «Quiero —nos decía— que en el número de EL RUEDO que salga inmediato a la publicación del decreto —él lo daba por descontado— se rinda a Alvaro un tributo de admiración y cariño.»

El decreto se ha publicado sin que nuestro director lo haya visto con sus ojos mortales; pero aquí, tan fieles a su recuerdo como admiradores del caballero jerezano, hemos de cumplir su deseo, bien seguros de que nos ve y de que siente, en la eterna ausencia, el gozo sublimado del espíritu.

Maestro inolvidable: Como ves, esta página, que abre editorialmente EL RUEDO, es para don Alvaro, como son otras que siguen y como serán muchas en otro número en el que demos cuenta del acto de la imposición, que será seguramente importante en su sencillez, tal y como sería de tu gusto entrañable por las cosas hondas y fundamentales, por las que revelan y exaltan las más bellas condiciones humanas: amor y caridad.

«Amor y caridad» fueron siempre palabras salidas de su corazón, y son las mismas que están en el pensamiento y en la obra de tu gran amigo y admirado artista don Alvaro Domecq.

La emoción que hoy sentimos es, al fin, gozosa por seguir fieles a tu memoria y por tributar nuestro homenaje de admiración y cariño a ese «gran hombre» que es don Alvaro. Ese homenaje que tú habrías gozado tanto en ofrendarle y que nosotros le rendimos hoy con el alma entera.



Don Alvaro Domecq, al que ha sido concedida la Cruz de Beneficencia por el Gobierno para premiar su labor en pro de los menesterosos, a los que dedicó los ingresos obtenidos en sus actuaciones por los ruedos españoles.

(Información en las páginas 10 y 11)

La corrida del domingo en MADRID



Toros de Manuel González para ALBAICIN, AGUADO DE CASTRO y LLORENTE

LA SEMANA EN LAS VENTAS

Mejor que la comida, los postres Por M. LOPEZ-MARIN

El viernes último, por más señas el Día de la Raza (12 de octubre), tres toreros, sin estrépito de propaganda, sin trompetazos publicitarios, sin coro de cantores ni estado mayor de consejeros, dieron en el ruedo madrileño la corrida más completa de la temporada: Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín. Llegaron a la Plaza de las Ventas pisando casi de puntillas, y salieron pisando fuerte por la puerta grande. Entraron por la escotera de servicio, y salieron por la principal. Mucha más claro: hicieron el paseo casi en la indiferencia del público, y se marcharon con la aprobación y el entusiasmo unánimes. Un entusiasmo sostenido y frenético a lo largo de las dos horas que duró esta corrida memorable.

No es preciso ya el detalle, nuestro detalle. Es un poco tarde, y nos saldría ya mustio. Lo que sí continúa fragante es el recuerdo de esa tarde de toros de Pepote, Morenito y el pequeño Dominguín. Un recuerdo que guardaremos para nuestro regusto taurino durante todo el invierno. Pepote dió nuevo impulso a la casta Bienvenida, que por unos y otros —todas injustas— estaba esta temporada sumido en una niebla muy parecida al olvido. Pero Pepote —genio, casta y garbo—, de un manotazo, dispuso esa niebla y re-frescó la memoria de todos. La casta Bienvenida vive todavía: la casta Bienvenida es inmortal, mientras existan toreros como Pepote. Y no se vayan ustedes muy lejos, porque ahí está todavía un Antonio, que, Dios mediante, les dará mucho que hacer y que hablar. A nosotros nos pareció la otra tarde, la memorable, que lo más completo, taurinamente hablando, lo hizo Pepote. Es nuestra sincera y leal opinión.

Morenito de Talavera recobró el terreno que había perdido en tardes sombrías. Supo honrar al toro más bravo y alegre de la corrida, el quinto, y salió de la Plaza con su terreno recobrado, que no debió perder jamás; porque es un torero garboso, que sabe estar en el ruedo, bullir y alegrar a los públicos. Pero nunca es tarde si el desquite es bueno. Y el suyo del viernes lo fué.

Luis Miguel Dominguín tuvo su definitiva reconci-liación con el público y su consagración en Madrid. Valiente hasta la temeridad, torero, resuelto, inspirado. Fué el suyo un triunfo apoteósico, sin posible hipér-bolice. Apoteosis auténtica de un torero madrileño a quien había vuelto la espalda Madrid. No ha habido torero alguno madrileño a quien haya costado más trabajo rendir a su público. Pero ahí lo tiene ya a sus pies: rendido y entregado, y casi nos atrevemos a decir que para siempre. Luis Miguel: ya eres profeta en tu tierra. Para que todo fuera completo en esa tarde memorable del viernes 12 de octubre, don Rogelio del Corral envió seis toros pacíficos, bravos, nobles, ágiles, dóciles..., seis auténticos toros de lidia.

Tarde de locura taurina, de borrachera, de entusiasmo. Orejas, una a cada torero, ovaciones interminables. Entusiasmo general. Tarde inolvidable para todos. Fiesta taurina, que nos ha dejado un inefable regusto para mucho tiempo.

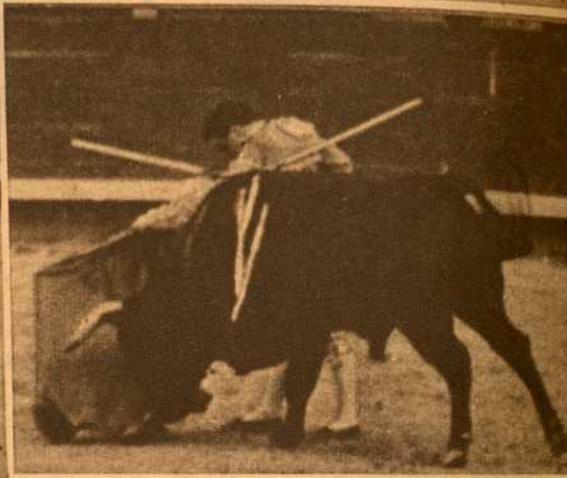
Y ya estamos ahora en el domingo pasado. Después de tanto estrépito taurino como ensordació la Plaza de las Ventas el viernes, llegamos a ese último domingo sin ruidos ni estremecimientos posibles. Unos minutos nada más, en los que Rafael Llorente agitó a las gentes con sus nueve naturales en tres tiempos, con el remate obligado del pase de pecho. Después de un pinchazo, una estocada, de irreprochable ejecución, y el premio de una oreja y dos vueltas al ruedo. Y a eso quedó reducido el festejo taurino del domingo.

Albaicín no quiso pelear; y cuando la quiso, la intemperancia de unos cuantos le abatió, y se entregó al fracaso sin posible atenuante. Tuvo un gesto que es preciso destacar. Fué, en su segundo toro, al que portó con la muleta en la mano izquierda de un modo temerario. Parecía que iba a recobrar; pero esos gritos inoportunos dieron al traste con el gesto del gitano. Mató dos toros, y nada más; porque si detallamos cómo, va a ser peor para él.

Aguado de Castro, demasiado «prudente»; y la prudencia en los toreros es lo que más se parece al fracaso. Oyó un aviso en su segundo toro, y pudo oír los tres, si el de Moura, acerbillo a pinchazos, no se hubiera decidido a entregarse al puntillero. No vimos ni un quite, ni un lance. La faena de Llorente, y punto final. Es mejor para todos.



Llorente, en un derechazo en el toro que cortó la oreja



Rafael Llorente, en un pase de pecho en su primer



Un pase ayudado de Albaicín



Llorente, con la oreja que cortó



Un pase por alto de Aguado



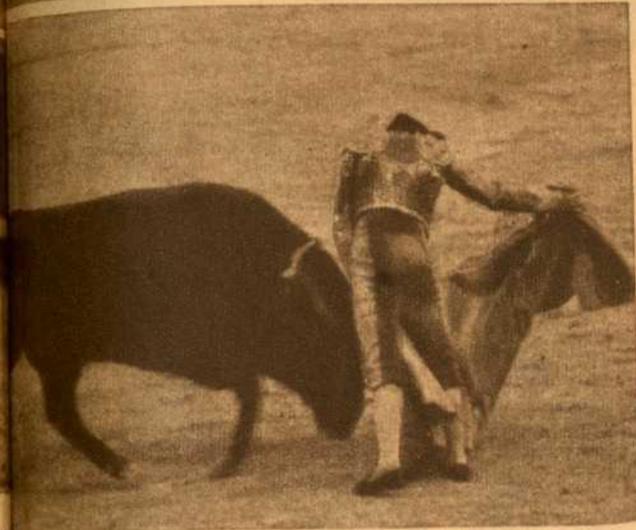
Albaicín cita al toro con la muleta en la mano izquierda



Un muletazo por bajo de Aguado de Castro

DESPUES DE LA CORRIDA

"Mi estilo no es para toros difíciles". — ALBAICIN
 "El lote mío tenía muchas dificultades". — AGUADO DE CASTRO
 "Actuaré en Madrid cuantas veces lo crea pertinente la Empresa". — LLORENTE



Llorente, rematando un quite en su primero

corridas contratadas en buen dinero. Es muy posible actúe ante los colombianos. Y en abril de nuevo a España, para cumplir sus contratos en la feria sevillana.

AGUADO DE CASTRO

Para este torero, la temporada que finaliza no ha sido buena, ni mucho menos. Y aunque se trata de un muchacho con grandes condiciones para la profesión, su mala suerte en los lotes pareció paralizarle la total realización de sus nobles aspiraciones.

—Mis dos toros —explica— reunieron muchas dificultades, agravadas por el defecto de no salir suficientemente castigados de la suerte de varas. El lidiado en quinto lugar, buscaba el bulto por ambos lados, derrotaba alto y me vi y deseé para quitármelo de encima. El público se dió cuenta de su peligrosidad. Y la objetividad con que me trataron viene a acrecentar mi enorme interés en proporcionar a Madrid la tarde de toros que vengo ansiando con hambres insaciables.

LLORENTE

En casa del torero de Barajas todos están satisfechos. Sin embargo, la modestia sigue siendo la característica más notoria de la manera de ser de Rafael Llorente.

Acaso nada dé mejor idea de la personalidad de este torero que esta su clara sonrisa inalterable en las horas felices como en las adversas.

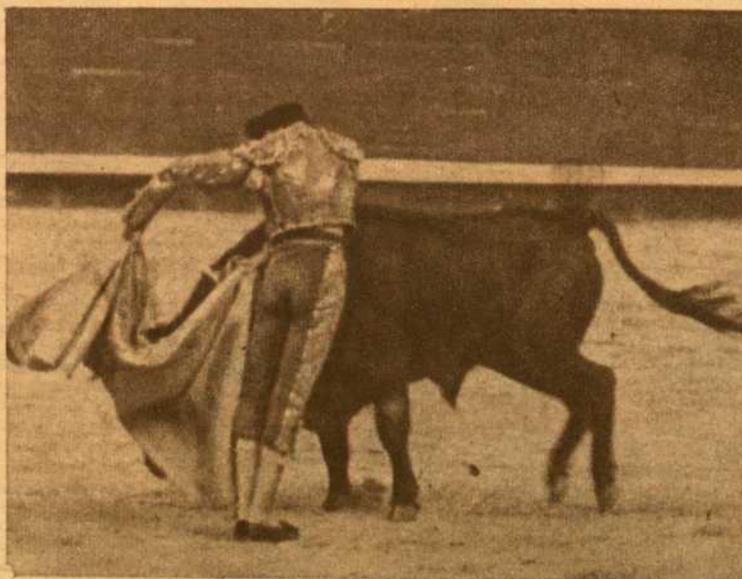
—Ante las fuertes arrancadas del toro de la oreja, sólo cabía estar cerca y torearlo con el estilo requerido por el noble animal. Los aficionados me correspondieron con sus calurosos aplausos, y yo, al retirarme al callejón, iba convencido de que mis paisanos bien merecen no les regatee mi aportación cuantas veces la Empresa lo estime pertinente. En esto del torero no basta en llegar a ser bueno; hay que demostrarlo, y en Madrid las más veces que sea posible.

Y ante estas sabias y discretas manifestaciones del joven Llorente, me parece obvio extenderme en consideraciones: "No es menester alaballas".

F. MENDO



Albaicín en un pase por alto



Un buen lance de Aguado de Castro (Fotos Baldomero)

BANDERILLAS DE FUEGO

Por Alfredo Marquerie



Albaicín

DESPUES de una gran corrida se produce inevitablemente el vacío, difícil de cubrir. Por eso los espectadores, en la tarde del domingo, decían al entrar: "No veremos lo que vimos el viernes." Descontaban que la lidia iba a ser mala, ¡pero no tanto!

"El más pequeño es uno castaño", explica un espectador de esos que van al apartado nada más que por darse luego el gustazo de hacerlo saber, como si tuvieran más categoría que los que no han gastado la mañana en el prólogo de los corrales.

Antes de que salga el Albaicín, todo el mundo se pregunta qué traje traerá. Tiene un público curioso, con algo de asistente al desfile de modelos, y admiradores de su arte gitano y también detractores y envidiosos de su elegancia.

La verdad es que el domingo no estuvo el Albaicín a la altura de su popularidad. Sólo aquel quite, con desfilantes de bulerías, y alguno de esos momentos escalofriantes en que deja baja y lánguida su mano de músico del toro.



Aguado de Castro

Aguado de Castro, sin suerte en sus toros desde luego, continuó pareciéndonos flojo y blando. Llevaba un traje precioso; pero el quinto toro (bis) se lo dejó hecho unos zorros. Le rompió la taleguilla, haciendo asomar pelotes de guata, y le convirtió en jirones la muleta. Después del primer aviso, la capea tomó un aire zuloagueco o solanesco, de aguafuerte de pueblo más que de corrida en la capital.

Salió el segundo, cornaveleto, y gritó una dama asustada: "¡Huy!... ¡Tiene cuernos de Lucifer!"

El Tío Bota, de Málaga, saludó en un gran cantelón a la afición madrileña. Y lo enrolló después con el aire del que pliega el telón donde el elenco explica sus romances o como el que enrosca el mapa después de dar clase de Geografía.

Hay un momento en que el toro se para, levanta la cabeza y mira al tendido como si quisiera brindar al público la cogida de un torero.

No nos duelen prendas Llorente hizo el domingo cosas de gran matador. La tanda de sus pases afiló con justicia la puntilla para cortar la oreja. Y envuelto en la onda de su emoción, se jaleó virilmente la faena de la que salió tenso y vibrante como la cuerda de un arco. Se le encendió la sonrisa entre el fuego de los aplausos.



Llorente

ALBAICIN

El "Metro", con las intermitencias de fluido, llega con retraso a todas partes. Llega siempre después...; pero el viajero, por cima de todos los desengaños, siempre se hace la ilusión de que puede llegar antes, y se deja conducir. Pensándolo bien, yo me pregunto, al tiempo que asciendo los peldaños de la estación de Argüelles, si vale la pena de llegar a tiempo a alguna parte.

Una doncella de edad indefinida me guía hasta un saloncillo amueblado con el proverbial gusto de Rafael. Frente a la chimenea, un trepado de rojo tapizado. En lugar preferente, un piano sobre el que descansa un violín y un rimero de partituras. Muchos libros por todas partes, y en lugar preferente las obras completas de don Juan Benavente.

Llega Albaicín con gesto cansino. Habla de la casta de su primer toro. No fué toro para ser toreado a placer. Acaso si hubiera sido mejor picado... Irumpe en la estancia un individuo con las atávicas características de la raza "cañe". Rafael, de mala gana, se deja llevar hasta un rincón, y por algunas palabras que le gan hasta mí me percató de su débil defensa ante un destacado artista del sable.

El pedigrifeño se despidió tras de embolsarse algunas monedas, y el torero reanuda sus impresiones.

—Es una pena —lamenta— que con los desos que tiene uno, y estando en plena posesión del relativo valor necesario para estar frente a un toro, no haya forma de que me salga un toro toreado. A fuerza de apenar con toros lidiados resulta que estoy aprendiendo a lidiar. Pero esto no es lo mío, mi estilo es otra cosa muy distinta es torear. Y, sin embargo, todavía estoy por dar a la afición madrileña la obra pura y entera de una faena completa.

Luego me habla de inminentes realidades. Por lo pronto embarcará para Lima a primeros de diciembre. Tiene cinco

EL VIERNES, EN LAS VENTAS



Los diestros Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín dan la vuelta al ruedo, mostrando la oreja que cortaron



Los diestros Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín son requeridos por el público con sus aplausos y dan la vuelta al ruedo, acompañados del ganadero



Un pase en redondo de Luis Miguel. Abajo: Pepe Bienvenida, entrando a matar a su primer toro



GLOSA DE

El último toro de Terrones en la corrida del domingo cerraba la temporada en las Ventas. Y el final no fué precisamente ese broche de oro con el que sueñan siempre los que llegan al final de una etapa. Cerrar con broche de oro una temporada taurina equivale a una tarde de triunfo, en esa tarde de despedidas de tendido a tendido.

Lo último es lo que se recuerda, y los aficionados recordarán esta mala tarde de toros, última de las Ventas, por esta temporada. Bien les gustaría —a los defensores del símbolo— poder escamotear esta fecha del domingo 14 y colocar en su lugar la espléndida tarde del día de la Hispanidad, en la que el triunfo recorrió, prendido en ovaciones, por este ruedo, vacío hoy de aplausos.

En dos días, el aficionado madrileño tuvo ocasión de asistir a dos espectáculos, iguales en principio y bien diferentes al final. En el primero, el aficionado vivió una de las tardes taurinas más completas en el coso de las Ventas en esta temporada. Tarde de toreros —Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín— y tarde de toros —Rogelio M. del Corral— bravos y con casta.

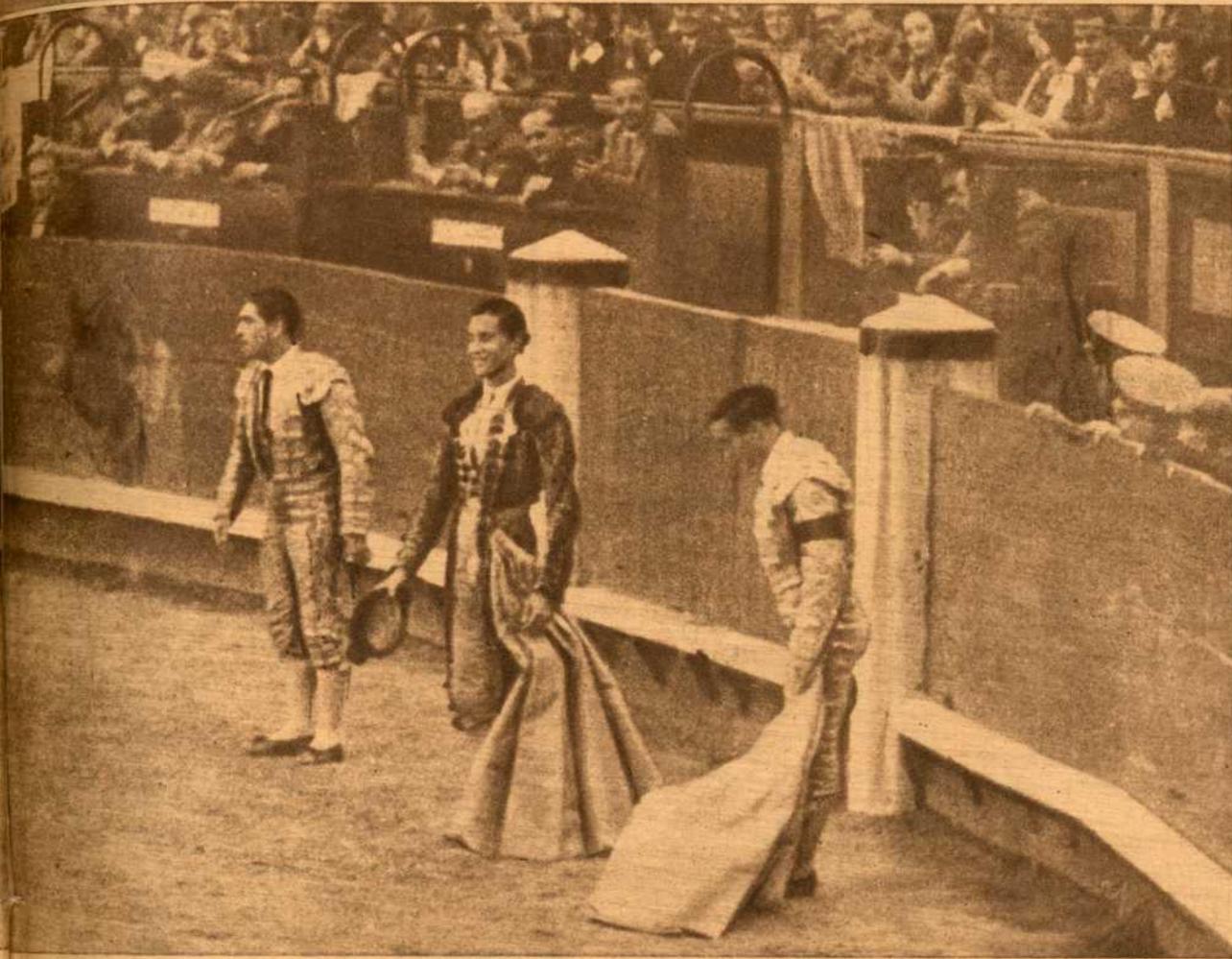
Y los tres matadores triunfaron plenamente en las Ventas. Pepe Bienvenida, desdibujado toda la temporada, quiso despedirse de los aficionados madrileños ofreciendo su arte para recoger el triunfo. Fué él el que empezó elevando esta corrida del día 12 y él fué el acicate para sus compañeros de terna, que buscaron el triunfo por el mismo camino. Los tres matadores, en cada lance, en cada p r de banderillas, en cada muletazo, querían superarse. Y buscando esta superación, el aficionado se encontró con una corrida espléndida, del primero al último toro.

Es Pepe Bienvenida un torero macizo, y en todo lo que hace hay un sabor taurino inimitable. Es el secreto de los Bienvenida, que Pepe, el viernes, quiso descubrirnos en las dos magníficas faenas que hizo a sus dos toros. Pepe, al que otras tardes encontramos sin sitio, consiguió elevarse en esta corrida y triunfar. Porque la verdad de esta tarde del día 12 en las Ventas fué el triunfo de Pepe Bienvenida.

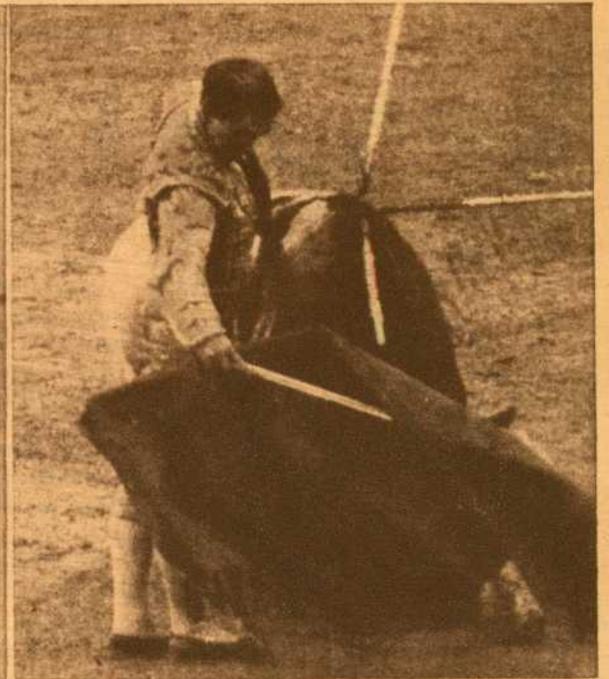
A su paso de triunfador, Morenito de Talavera sintió en el quinto la comeción de recorrer entre aplausos el mismo camino de Bienvenida. Y su faena, sobria y valiente, al mejor toro de la tarde tuvo ese regusto de las obras serias, cincelada por manos artesanas. Porque Morenito es un buen torero artesano. Y toda su obra tiene el perfil de las obras bien acabadas. Y al igual que Pepe, Morenito de Talavera, con la oreja en la mano, recorrió el mismo camino de triunfo que Bienvenida.

Pero faltaba el último eslabón..., y este eslabón quedaba pendiente.

TOROS DE ROGELIO M. DEL CORRAL PARA Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín



Los tres matadores acaban de banderillear magistralmente al cuarto toro. El público les premia con grandes ovaciones, a las que corresponden saludando desde el torero. (Fotos Baldomero)



Pepe Bienvenida, en un mulatazo con la derecha. Morenito, en un pase en redondo, y Luis Miguel Dominguín iniciando un pase de pecho

LA CORRIDA

...ido al arte de Luis Miguel Dominguín, al arrastrarse el tercer toro.

Luis Miguel, que un día nos habló de sus impaciencias por tomar en las Ventas, no titubeó el jueves, por la noche cuando le ofrecieron la sustitución de Pepín Martín Vázquez.

Sorprende y alivia —en esta época de incomprensiones— la actitud del menor de los Dominguín que, olvidando su éxito anterior, no dudó en jugárselo todo el viernes, porque su afición y su afán de triunfar en Madrid no podía dejar escapar oportunidad alguna.

Y Luis Miguel, ya cimentada su fama en las Ventas, se jugó todo el viernes, como un simple debutante, sin regatear su arte y su valor.

Luis Miguel Dominguín fué el triunfador en una tarde de triunfalores. Con su arte y su valor, Luis Miguel conquistó el coso de las Ventas y no hubo un aficionado que no se entregase abiertamente a este torero espigado, juvenil, que el viernes se hacía figura en la Plaza madrileña. Y los que no creían en él, tuvieron que creer. Por una vez, los triunfos de provincias se revalorizan como verdaderos en Madrid.

De todo lo bueno que sabemos de Luis Miguel por referencias se encargó de rubricarlo en esta tarde fecunda en triunfos, orejas, aplausos y toros bravos.

Rogelio M. del Corral envió a Madrid una corrida magnífica en presentación y bravura. Los seis toros lidiados el viernes acreditan a un ganadero, y tantos aplausos como los toreros cosecharon los toros en el arrastre por su brava pelea.

Rogelio M. del Corral recorrió el ruedo recogiendo la ovación del público, acompañado de Pepe Bienvenida, Morenito de Talavera y Luis Miguel Dominguín.

En toda la tarde las ovaciones no cesaron. Un lance, un par de banderillas un mulatazo... arrancaban el aplauso ensordecedor. Y del cuarto al sexto toro, los tres matadores ofreciéndose los ahilotes, para ofrecernos unos tercios de banderillas como hace mucho tiempo no veíamos en ninguna Plaza.

Y en un ambiente de triunfo, de entrega en el torero y en el aficionado, esta corrida del día 12 es una buena fecha para recordar y para tener presente:

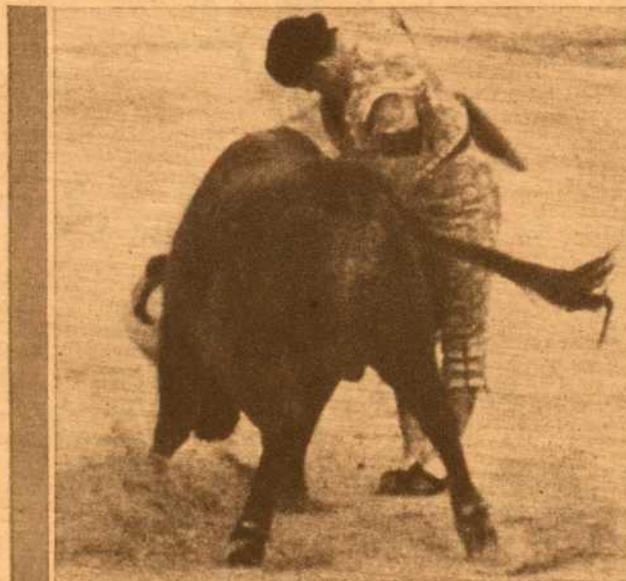
El arte alegre y brillante de Pepe Bienvenida...

El torero macizo y artesano de Morenito de Talavera...

Y la verdad, esa gran verdad que es en los toros Luis Miguel Dominguín.

Hubo toreros y hubo toros. Que no es lo más corriente.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Una ceñida media verónica de Morenito. Abajo: Un pase de rodillas de Luis Miguel al toro del que cortó la oreja



EL TIO DEL CENCERRO

LOS OCURRENTES

Por JOSE CARLOS DE LUNA



AUNQUE sólo sea para digerir, donquiera que se reúnen más de tres individuos surge *el ocurrente*, que en muchos casos vive de sus ocurrencias y en todos toma café a cuenta de ellas. Y tan vieja es la obligación de mirlas o soportarlas, que *el ocurrente* saltó de la pequeña tertulia a las grandes aglomeraciones, instituyéndose, por agrado, paciencia o benevolencia de los demás, en dictadorzuelo y *director de orquesta*.

La mordaz independencia es la única arma algo respetable de sus actuaciones más o menos inoportunas, y apartámos del análisis, por justicia y porque caen fuera de las lindes de nuestra croniquilla, a los que, por su ingenio y gracejo, fueron epicentro de círculos y pléyadas célebres y celebradas.

La tesis sobre el tapete, ¿cómo no recordar a Valle-Inclán, a Perico Muñoz Seca, a Gómez de la Serna?... Y en otra escala, trepando ya por la de nuestras obligaciones taumáticas, el Lavi, el Alfombrista, Curro, el Cochero, Don Pío, Curro Andrade y tantos otros con más o menos ingenio, y todos los que con ese vozarrón que se temple entre los cuarenta y cincuenta años, trastes cuarto y quinto en el gonzate cuando lo aprieta la *sigueta* del aguardiente, peroraron, a sueldo de la intransigencia, echando a puñados el incienso en el botafumero de la parcialidad.

Sahumados a saturación —y nos parece justo— se fueron a la Gloria Lagartijo y Frascuelo, el Guerra, Bombita, José..., y por aquí quedan —sea por muchos años—, atufarados aún, Terremoto, el Soldado Romano y el Papa Negro. A ninguno le faltaron acólitos, mastros de ceremonias, turiferario y turibulario; vale la pena desenterrar ambos palabrones, y cobremos hilo, porque se nos remonta la cometa.

Por nuestra especialísima idiosincrasia, los catorce o quince mil espectadores en derredor de un espectáculo taurino casi se diferencian en costumbres y actitudes de la peñita de bar o de tasca: piden palmoteando café y protestan airadamente de la achicoria, confundiendo casi siempre lo uno con lo otro o tragándose la chita callando, porque, más prácticos, estiman que no vale la pena enfurruñarse, o, más discretos, desconfían del propio paladar. Bien la cosa si no surgiera *el ocurrente*.

Entre los que montamos el medio siglito, ¿quién no se acuerda del *tío del cencerro*?

Brillaban en el celeste hemisferio taurino Ricardo Bomba, Machaco, Vicente Pastor, Gaona, Bienvenida... En la Plaza de Toros vieja, casi siempre con notoria oportunidad, subrayaba un cencerro de buey zagüero los camelos y los infundios, cuando con la cuquera —que también la hubo— se disfrazaban claudicaciones y torpezas. Ni el cencerro abusa, y muchos días regresó a su casa sin sacar el *instrumento* de la funda de bayeta verde. No existió crítico más imparcial ni menos vanidoso. ¿Cuántas veces refrenaría el repique las lucubraciones pirotécnicas de Don Modesto!

Obsesionaba el cencerreo a diestros y ganadero, porque íntimamente reconocían la limpieza de su imparcialidad; pero como nada es eterno debajo del sol, cayeron unas figuras del toreo, decayeron otras y brillaron nuevos astros, que ascendían apresuradamente al cenit. Con la competencia entre Joselito y Belmonte —más de coros que de partes—, se le nubló el meollo al *tío del cencerro*. Vaya; que comenzó a patinar la sonora crítica y a manifestarse con irritante parcialidad, tan injusta y desafortunadamente, que provoca cierto día las iras del *respetable*, y la autoridad competente no pudo impedir que le zumbaran al cencerro y le dejaran la zumba como lata vacía de conservas rodada a punteras de chavales.

¡Así era entonces la afición, y por eso el espectáculo se mantenía a rumbos de sanas tradiciones!

Hoy aplaude y ríe el sufrido público madrileño las salidas del *ocurrente* profesional que le tocó en suerte; y lo sacamos a colación para darle un consejo: si se decide a subrayar todo lo subrayable, hágase, el amigo, de un instrumento traductor, si no quiere perder la propia campanilla. Y puestos a aconsejar, quizá sea el preferible —dada la cultura artística en que desembocó la fiesta—, por sencillo y pertinente, la ocarina: dulce, emotiva y bucólica.

EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ PETIT

OCTUBRE

17

MIERCOLES

EN el entierro de nuestro director coincidió con una gran figura popular taurina, que tiempos atrás fué gran torero. Su descendencia aérea actualmente con hombría y gakanuta su apellido y su sangre en los ruedos. Como homenaje a Mariano Fernández Culesta se habló de la fiesta. Con satisfacción en vista panorámica, y con pena en cuanto a determinados lunares. Uno de éstos, algunos apoderados desaprensivos que trafican con las corridas de toros e imponen a determinados diestros que son muñecos de compraventa en sus manos insaciables y avajas, acasumbradas al tanto por ciento. "¿Es posible?", le preguntábamos a cada nauseabunda revelación. "¿Es posible y es cierto!", nos contestaba, quizá en parte dolido egóticamente por la mandonería injusta en exclusiva, pero firme de voz y de gesto, dolido

por la duda de mis interrogaciones y por el mirar inquisitivo de mis ojos. Concluyó: "Todo ha cambiado mucho, y ya sabrá más de lo que quera si conversamos ampliamente." Del "cambio", que en todo momento salta a la vista, tengo hoy, como botón de muestra, la siguiente noticia, fechada el 17 de octubre de 1909: "El marqués de Saltillo envió a Valencia una corrida que no estaba en consonancia con las 11.000 pesetas que cobró por ella. No un ganadero; un torero o un apoderado, al amparo del traje de luces, hoy pueden vender una corrida en sesenta, setenta u ochenta mil pesetas. ¿Na que los toros hubieran pasado en Villavieja de Yebes! (De la esampa quiroguana: "¡Ay, qué pena!...")

Una fecha posterior a la anteriormente escrita fué aquella en que la afición de la época conoció las cueras de los socios en favor del Montepío de Toreros, institución que enaltece a Bombita, a los 244 que legaron su existencia a Pastor, José y Juan, a Marcial y a cuantos para su esplendor laboraron en cualquier apoyo artístico, espiritual y físico, tanto como calademanda, en pampeloo remordimiento de conciencia, tiene que acusar a los destructores y a los indiferentes de la profesión. Por su benemérito amparo, sobre todo a los humildes, yo la comparo a nuestra Asociación de la P.ensa. Entonces se supo que el Montepío de los Toreros iba a vivir, como principales fuentes de ingreso, gracias a las cinco pesetas por cada toro lidiado ofrecido por los ganaderos, y con los cincuenta pesos por cada corrida de las celebradas en Méjico, aparte de las cuotas de los socios.

Leamos ahora al azar una de las reseñas informativas de la despedida de Bombita, gran suceso taurino celebrado en Madrid el 19 de octubre de 1913: "Buen colofón a un historial de artista pundonoroso esta despedida a beneficio de la Asociación que él fundó..." Jesús Tordisillas, solera de admirados actores y gran aficionado, me recordaba que con Bombita actuaron Rafael y José, y R. gaterín entre ambos. Como entonces los toros no sufrían tormentos tenebrosos, como no existía el "afetado", Bombita resulto cogido con frecuencia, porque el toro no se hacía mirando al tendido y con pasitos. Había que cargar la suerte y correr la mano. Jamás se negó a actuar para el público de Madrid, y con la muleta y la espada, después del brindis, un día dijo a uno de sus íntimos amigos que entre barreras: "hallaba: "Ve a la enfermería, que no tardaré yo en entrar." Murió Ricardo Torres. (¡Ay, qué pena!...)

Aquel 20 de octubre de 1897 se comentaba aún el reciente bando del gobernador recordando al público el artículo 97 del Reglamento entonces vigente, por el que se prohibía arrojar al redondel objetos que pudieran molestar o dañar a los lidiadores. El articulista no escatimaba el aplauso a don Alberto. Como si fuera hoy, le preguntaba: "¿Cree S. E. que no han dado los madrileños pruebas inequívocas de verdadera cordura y resignación, presenciando una tras otra las corridas en que si una fué mala otra resultó peor?" Todas las culpas las cargaba a hombros de la Empresa, "a la que debieran suspenderse corridas como castigo". Se lo merecen, también hoy, ella y los ganaderos desaprensivos. Si esto no se lleva a efecto... (Con un aplauso fervoroso para don Rogelio Miguel del Corral. ¡ay, qué pena!)

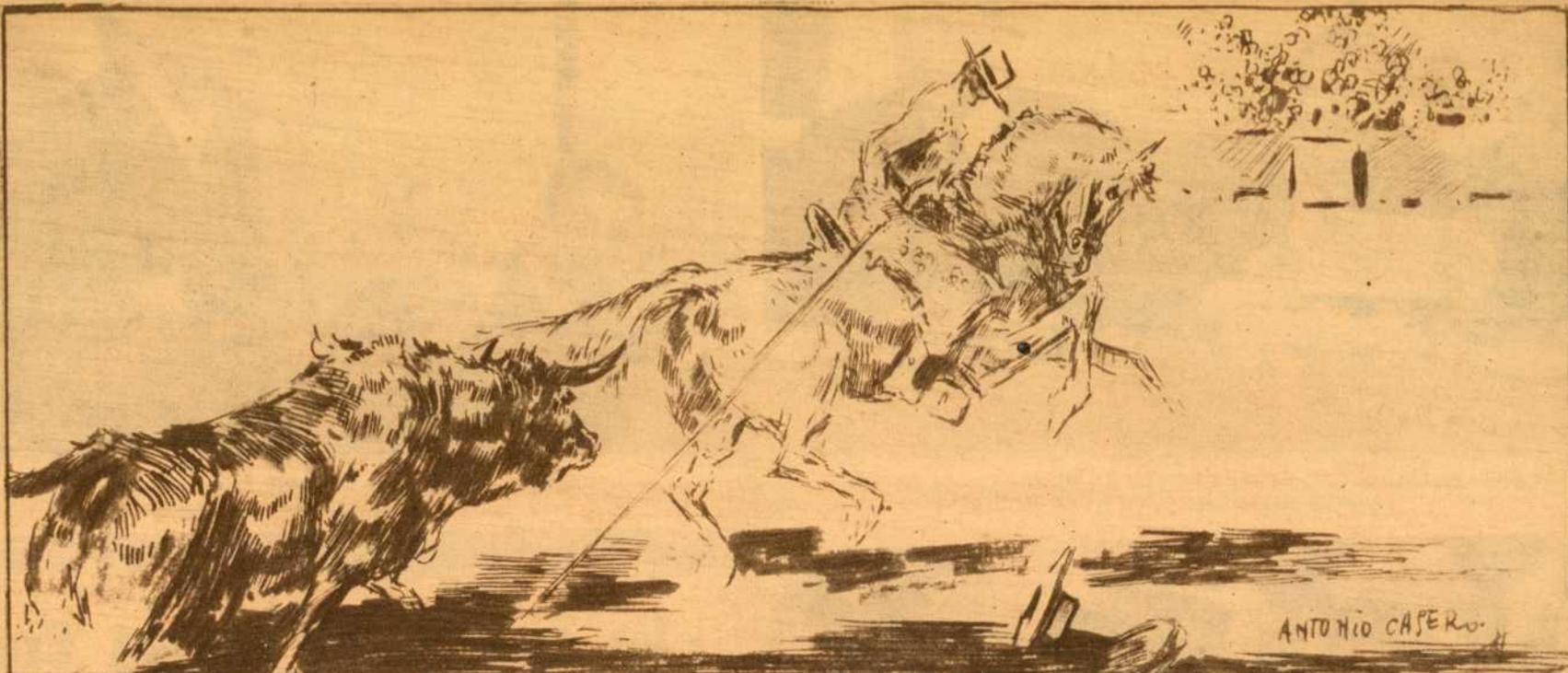
¡Si al menos todos los toreros fueran como aquel Ángel Pastor, que de manos de Lagartijo tomó la alternativa el 22 de octubre de 1876! Modelo de humildad y de pundonor, agradeció por carta a un cronista que se hubiera ocupado de la grave cogida sufrida el 10 de abril de 1882 al entrar a matar al toro Capirote. Y eso que hasta Don Alfonso XII y las infantas se interesaron por el herido. ¡Pobres astros de hoy! (Ay, qué pena!...)

Y como sólo me queda la fecha 21 de octubre, contestaré a la carta de un amable lector, diciéndole que los toros veragüeros —aunque no tanto como los miras— han ocasionado muchas cogidas y muertes. Entre mis notas están las de Roque Miranda, Francisco Azucena (El Cuco), al espada Cano, al conserje de la Plaza de Ciudad Real Esteban Casado, el picador Manuel Calderón y a Luis Ramírez (El Guipuzcoano). No obstante, los toreros de entonces los preferían por nobles. ¿Hoy? (¡Ay, qué pena!...)

OCTUBRE

23

MARTES



ROMANCES DE LA TORERIA

Por RAFAEL DUYOS

DON ALVARO DOMECCO O EL TOREO A CABALLO

Para Mercedes y Julio Fuertes.

¡Corre, caballito, corre,
que el toro te va a coger!
Como un centauro de Iberia
van el caballo y Domeccq.
El pulso del caballero
marca el pulso del corcel.
A la puerta de toriles
se asoma, negra, la res,
ciega de sol y bravura,
fantasma del redondel.
¡Corre, caballito, corre,
que el toro te va a coger!

Como racimos de nardos
duermen los altos rejones,
esperando entre barreras
que el caballero los tome.
Ya están la fiera y la jaca
jugando a... ¡a ver si me coges!
El viento muere de envidia
viendo el caballo al galope,
y el toro va tras don Alvaro
—zigzag de burlas veloces—
salpicándole de furia
la orilla de los zafones.
Cincha, montura y espuela,
sin un lamento ni un roce,
fundiendo en un solo mármol
al caballo con el hombre.

Largo el trote, gira y gira,
se para de pronto, espera,
relincha puesto de manos,
escarba, caracolea...
¡Por la derecha me voy!
¡No, que me voy por la izquierda!
¡Toro, toro, hala, ligero!...
Luego, al paso, a rienda suelta,
y al instante... ¡otra vez lejos!

y después, cerca, muy cerca,
peinando casi la cola
sobre el testuz de la fiera...
Y el toro se vuelve loco
con queja de aire en la cuerna,
cansado de dar embites
al anca de la sorpresa.

¡Qué nostalgia de cortijo
bajo el cielo de Jerez!
¡Qué memoria del hogar
—tibio establo, verde mies,
caricia de mayores,
copla, bordón y tonel!...
¡Corre, caballito, corre,
que el toro te va a coger!
Un rejón..., otro rejón...,
todo entre palmas y olés,
todo entre clamores largos
y miradas en vaivén,
mientras ruedan por la arena
cien sombreros, un clavel,
el jaleo de los hombres
y un suspiro de mujer...
Compás de las herraduras
pasodoble y minué...
La aurora en la guayabera,
la noche en el cordobés,
y en estribos y gualdrapas
de valor, por más valer,
el escudo de la casa,
labrado en oro de ley...

¡Corre, caballito, corre,
mira que el toro te ve!...

¡No me coge! ¡No me coge!
¡A mí qué me va a coger!
¡No veis que me monta el amo?
¡Voy con Alvaro Domeccq!

Madrid, mayo 1945.





Alvaro Domecq, acompañado del sacerdote Torres Silva, en el banquete que le ofrecieron con motivo de la inauguración del Oratorio



En el homenaje que se le ofreció, Alvaro Domecq agradece el acto con sentidas palabras

La concesión de la Cruz de Beneficencia a Alvaro Domecq



Un gesto característico del jerezano citando al toro para clavar.— Abajo: Entre barreras, después de su intervención en el ruedo



Se había pedido un sacerdote que le ayu-dase en su obra. Era el Padre Torres Silva, misionero en tierras españolas —en tierras de Jerez—, quien luchaba por conseguir los tabiques que encerrasen a unos chicuelos desperdigados —carne de gallofa y presidio— y los reuniese al calor de la Religión y el respeto. Alrededor de un hogar que no tenían. Pero los tabiques costaban medio millón de pesetas.

Y el Padre Torres Silva —certero en sus disparos— dirigió su punto de mira hacia don Alvaro Domecq. Fue a ver al caballero jerezano, y le expuso su objetivo. Necesitaba completar su obra con la construcción del Oratorio, de una casa donde cupie-

sen esos miserables rapaces, y a él iba en busca de su benéfica ayuda.

El sacerdote hizo blanco. Su tiro dió en plena diana, y los muros del Oratorio Festivo Domingo Savio empezaron a elevarse sobre el suelo de una calle jerezana.

Pero para ello el caballero jerezano tenía mucho que hacer. Había de dejar la quietud de su vida muelle, había de separarse de la familia y lanzarse al torbellino del ir y venir de una plaza a otra y había de enfrentarse al peligro de unos cuernos afilados que le buscaban el corazón en cada derrote. Mas él todo lo arrojó con la sonrisa en los labios. Y sobre el alegre caracoleo de sus jacas fué pisando los ruedos de casi toda España hasta muy cerca de sesenta veces. Fué una larga campaña de más largos desplazamientos y aun más largos éxitos —más largos y más hondos—.

Cortó treinta orejas y fué aclamado por los públicos del Norte y del Sur, del Este y del Oeste de España. Unos públicos que habían sido ganados por la gracia exquisita del rejoneador, por su arte insuperable, por su valor extraordinario.

Pero ese esfuerzo obtuvo su recompensa. Y al acabar la temporada, Alvaro Do-



Muchos autógrafos te solicitan a Domecq. He aquí mientras firma un abanico

Alvaro Domecq, con Luis Miguel en una de las corridas que toreó el jerezano





Domecq, acompañado del Padre Torres Silva. Los dos pilares del Oratorio Festivo Domingo Savio charlan en el homenaje al último

Una iniciativa de EL RUEDO hecha realidad

meq pudo ver construídos los pabellones de su Oratorio Festivo Domingo Savio.

Y fué entonces cuando nuestro director fué a Jerez para asistir a la inauguración de algunos de estos pabellones y cuando volvió maravillado de la obra realizada, después de hablar con Alvaro Domecq, que en su modestia rehuía el tema.

—No le da importancia a lo que ha hecho—nos decía Manuel Fernández Cuesta—, y, sin embargo, es extraordinario lo que ha logrado ese hombre.

—Pero no importa que él no se la dé—continuaba—. Es todo modestia. Somos nosotros quienes, conociendo el alcance de esta maravillosa obra, debemos lanzarlo a los cuatro vientos. Y somos nosotros quienes debemos pedir para Alvaro Domecq la Cruz de Beneficencia.

Y era nuestro director quien, al día siguiente —29 de noviembre— cantó en EL RUEDO lo excelso de la labor hecha. Y fué también él quien el 20 de diciembre, desde estas mismas páginas, pidió para el caballero de Jerez la Cruz de Beneficencia.

Hoy esta distinción va a brillar en el pecho de Domecq. Su obra del Oratorio está concluída, la terminó entonces —en la temporada pasada—, pero aun su afán continúa. Hay otras obras pendientes. Escuelas que formar en otros lugares y desheredados de la fortuna que necesitan ayuda. Ya lo dijo entonces: él habría de seguir. Jandilla, Casas Viejas y otras localidades esperan sus triunfos. Unos éxitos que llegarán a ellos convertidos en oro. En el dinero que les ayudara a salir de su pobreza y a agruparse, para el bien, en torno a un nombre venerable: don Alvaro Domecq.

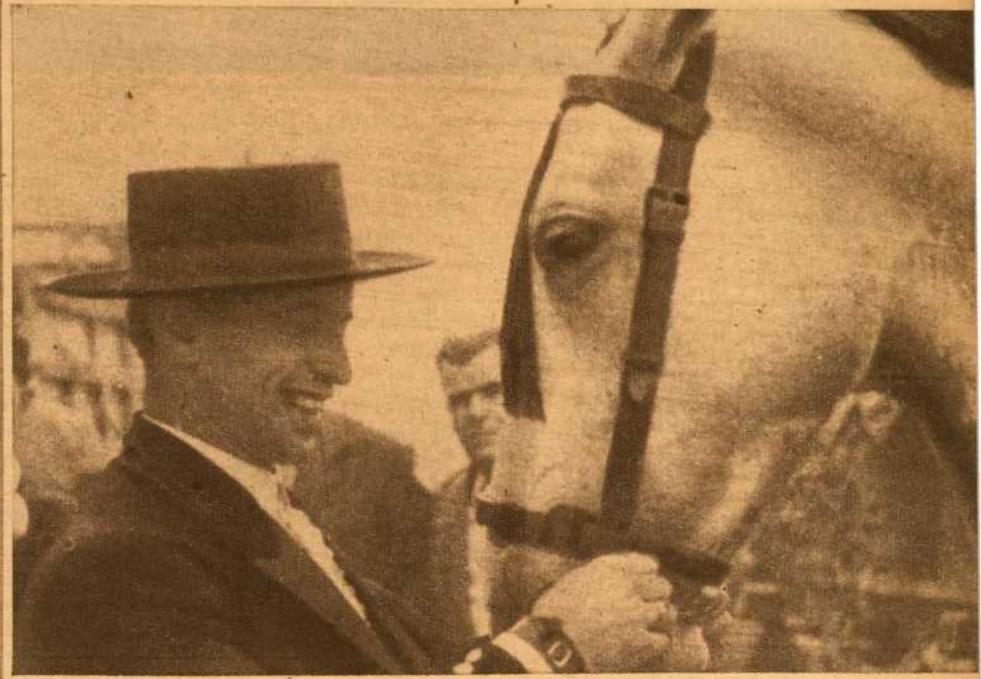
Bien caerá en el pecho del caballero jerezano la distinción que hoy se le ha concedido. Bien porque ya, por dentro, Alvaro Domecq le había hecho un hueco: su gran corazón.



Domecq, con Antonio Cañero. Los dos rejoneadores juntos charlan en una fiesta



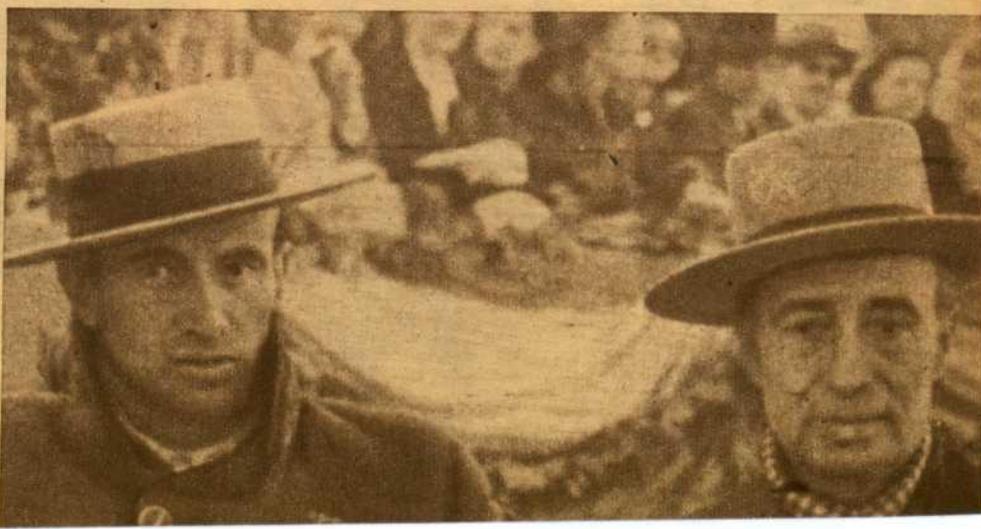
El Padre Torres Silva en el momento de hablar en el homenaje que se le hizo al rejoneador Alvaro Domecq

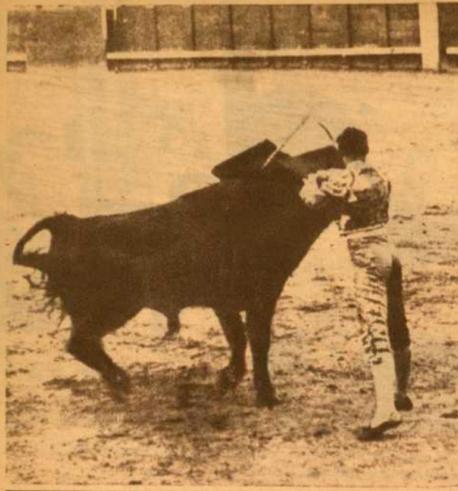


Alvaro Domecq con su jaca Espléndida, que fué cogida este año.— Abajo: En un festival, con Pepito Anastasio Martín, examina los rejonos



Domecq y Rafael el Gallo en el homenaje que se le dió al gitano en la Maestranza





Un ayudado por alto del diestro de Gelves



Gallito en un adorno en la cara del toro

CAPITULO XV

COMO era la figura de Joselito el Gallo un instante, inmediatamente antes de que su gran corazón se quedase quieto para siempre? Escojo, para describirlo ante quienes nunca lo vieron, la hora penúltima, en el umbral de la muerte, porque la muerte de cada uno es cuenta y liquidación de su vida en lo físico y lo moral; resumen de una conducta, pero también molde postrero, sin más transformaciones posibles, que se rompe y no se acaba, que se disipa y no se pierde, porque ha de volver a vestir el alma en el día del juicio final.

Era entonces todavía un muchacho, y ya era un hombre. Mejor diré que fué siempre un hombre y no dejó nunca de ser un muchacho. Tenía veinticinco años. La edad de granarse definitivamente para su arte, según el viejo aforismo taurómico: «El toro, de cinco, y el torero, de veinticinco». Pero él había granado mucho antes, por el milagro de su precocidad. Decían que había nacido sabiendo. Acaso todos los artistas verdaderos nacen sabiendo.

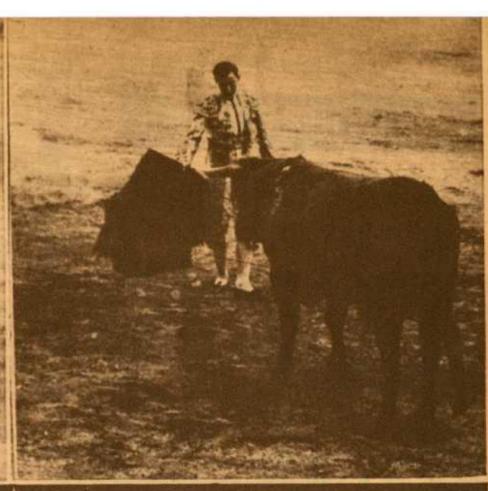
Joselito era un mozo alto, si se piensa en la estatura media de la Infantería española: alto y fuerte, sin aparecer precisamente fornido, porque tenía los huesos delgados de los bailarines y los músculos largos de los atletas. Daba una sensación de serenidad sin alarde, más sosegada que majestuosa; pero aun en la quietud anunciaba sus posibilidades de salto, y hasta de vuelo, cuando corría en la suerte de banderillas. Si la palabra no sonase con un tono des-

pectivo, diría que era zancudo, porque tenía el talle corto y las piernas largas. Los muslos del David de Miguel Angel. Era ligeramente estevado, tal vez por sus hábitos de buen caballista, y andaba con las puntas de los pies un poco hacia adentro, como andan los gitanos de España —los únicos gitanos con nacionalidad—, pues por lejana ascendencia materna le quedaban en la sangre unas gotas de gitanería, de las que renegaban sus propósitos de hombrecito formal y su contagio de aristocracia. Le era fácil el empeño, porque su padre venía de más arriba y era de estirpe montañesa. El leve arqueado de sus piernas no le quitaba gracia a la apostura, y más bien le daba vigor; y cuando abría el compás en el esfuerzo dominador del pase por bajo con las dos manos, o en la verónica en que acompañaba el viaje del toro huído para sujetarle obligándole a la revolución, su figura evocaba el Discóbolo griego. Era todo él estatuario, con rítmica multiplicación de friso clásico y de danzarín ágil y armonioso. También era de escultura la cabeza romana, redonda y pequeña. Se le iniciaba la calvicie en las entradas de la frente, despejadísima, como su entendimiento, y se le acusaba su raza andaluza por los cuatro costados, en la tez cetrina —olivos y limoneros de su tierra—, color que, a veces, hacía pensar en una propensión a dolencias hepáticas, sobre todo cuando la esclerótica, levemente azul, de sus ojos, se teñía de amarillo. Y los ojos eran pequeños, barrenadores, brillantes, negros y oleosos, como posos de café, bajo el doble arco, casi

JOSELITO



Joselito rematando un quite



Gallito al dar comienzo a una de sus faenas

por encima de la temperatura normal, y sus digestiones eran lentas, pesadas, en ocasiones hasta dolorosas, y era, probablemente, uno de tantos enfermos del hígado de los que achacan sólo al estómago y al vientre sus dolencias. De todas suertes, era, y esto no cabe dudar, un temperamento bilioso. Sus enemigos decían que tenía cara de envidia, y era la verdad que en el ruedo, cuando se encorajinaba, noblemente envidioso, por emulación y amor propio —seguro de su valía y celoso de su arte, no le daba cuartel a nadie, y de ello hablaremos después—, no se le arrebolaba el rostro, que, por el contrario, se ponía amarillo, crispada en un rictus la boca, y brillante, como si le hirviese, el aceite negro de sus ojos. Era entonces cuando más lucía la magnificencia de su arte y la seguridad de su dominio sobre el toro y sobre sí mismo, porque el coraje no lograba enturbiarle la sabiduría ni violentar y descomponer la armonía y la mesura de sus movimientos. Fué siempre un torero, nunca un suicida, y lo mató un toro porque tropezó con él cuando no debía. Esclavo de su profesión, enamorado de su arte por encima de todo, casi ajeno a todo lo demás que la vida le ofrecía, vivía para ser torero, y quiso tener figura y cuerpo y músculos de torero, y sólo en su amor propio de torero, y hasta en la severidad de su propia autocrítica, halló sus primeras y más hondas amarguras, antes de la última, que fué también una amargura de amor, que le quitó su alegría vencedora y le convirtió en un vencido, fácil presa para la fatal casualidad de

la muerte inesperada. El no la quería, ni pensaba en ella, y acaso, sin saberlo, la sintió ya dentro de sí. Yo tuve, no sé por qué, ni podré jamás explicarlo, la sensación de que Joselito no sería nunca viejo. Me pareció siempre un hombre niño, que no había sido completamente niño nunca, y era, sin embargo, uno de esos niños sabios que desde que abren los ojos a la vida empiezan a mirar más allá de la vida. No pensé que pudiera matarlo un toro; pero sentía que no había venido a este mundo para durar en él. Repito que no sé por qué. Era triste —aunque tenía la alegría de su fuerza, y las pocas veces que bebí más de la cuenta, pues ni en las comidas abundantes se entregaba a libaciones copiosas, le asomó al exterior la tristeza —y miraba las cosas que le gustaban ávidamente, como si las mirase por última vez, y la sonrisa, aquella media sonrisa, aquel surco de sombra entre la nariz y la boca, aquella comisura que se le crispaba como si tuviese mal sabor, con un aire de perdón y despego, a la vez desdenoso, conmisero y tierno, era como una sonrisa de último adiós. Y así en tantas ocasiones, y en muchas para vernos al día siguiente, en que se despidió de mí, yo tenía —no sé por qué, repito— la sensación de que se despedía para siempre.

Pero no quiero trastornar del todo el orden relativo de estos apuntes, ni abreviar, los con exceso, y para los capítulos siguientes os diré, y aun hay tela cortada, todo lo que vi y lo que puede decirse de su breve vida de hombre y de su gran vida de torero. (Continuará.)

Toreando con la izquierda Joselito con su estilo característico



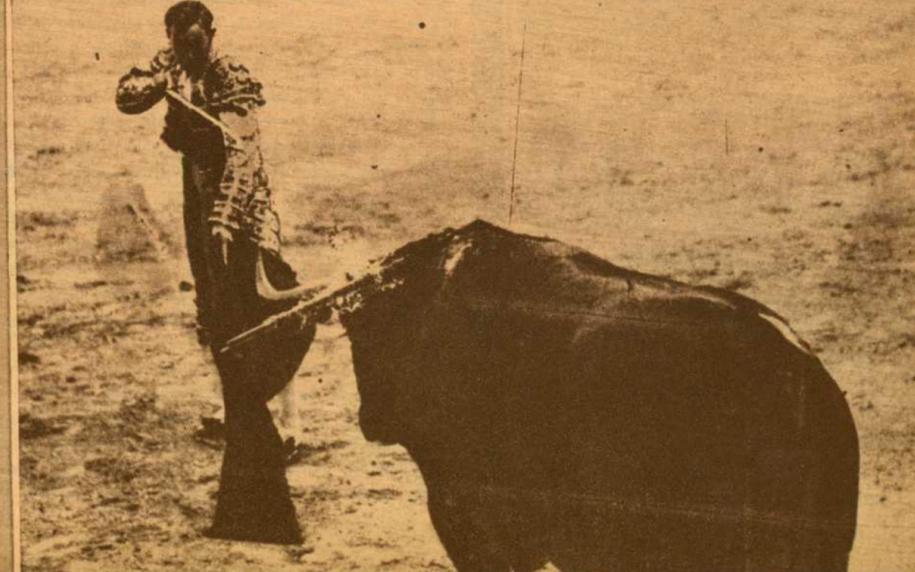
Apuntes para una biografía

Por FELIPE SASSONE

un medio punto, netamente andaluz, de las cejas, admirablemente trazadas. Dos calderones de música, las pupilas y las cejas. Bajo el trazo de la nariz regular, con un ligerísimo caballete, se curvaban hacia arriba los labios, en una sonrisa un poco triste, que levantaba más una de las comisuras y pintaba la sombra de una arruga entre un ángulo de la boca y una aleta nasal. No sólo tenía de romano la cabeza de emperador, sino también la voracidad, y sus amigos, hasta los mejor intencionados, se hacían lenguas hablando de su gula. Dos veces tan sólo comió con él, y si yo fuera hombre propenso a los juicios ligeros, me atrevería a darle la razón a los murmuradores; pero pensé entonces, y lo sigo pensando, que si en aquellas ocasiones comió con tan-

tas ganas, éstas le venían, precisamente, de la abstinencia a que se sometía durante los siete meses de ejercicio, en que, solicitado por todos los públicos de España, tenía que torear un día sí y otro también. Acaso también motivos de salud y el cuidado de la figura le obligaban a abstenerse, y en las contadas francachelas se desquitaba, y sólo entonces le veían comer, hasta rellenarse la andorga, los amigos que le dieron fama de «buen diente». En verdad, era propenso a engordar, y aunque ágil y robusto, sanos el corazón y la cabeza —pensaba cuerdamente y sin arrebatar, y en los momentos de más peligro se desenvolvía con gran serenidad—, no me atrevo a asegurar que, a pesar de su juventud, gozase de una salud perfecta. Muchas veces, el termómetro le marcó unas décimas

Gallito perfilándose para entrar a matar a un toro

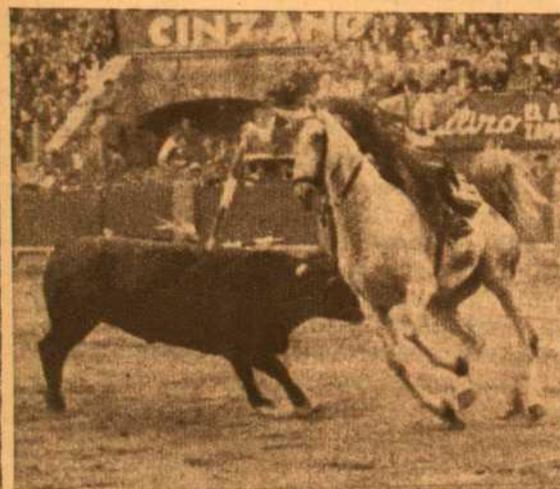


CARTEL DE FERIA EN ZARAGOZA

GRAFICA DE LAS CORRIDAS DEL PILAR



El Espartero, Andaluz y Parrita saludan al recibir la ovación del público, en la segunda de feria



Alvaro Domecq clavando un rejón, en la segunda corrida del Pilar



El Andaluz se luce con la capa, toreando de frente por detrás



Parrita mirando al tendido, en un pase con la derecha

Gestación, vicisitudes y desenlace de la CORRIDA DE LA PRENSA



Muy diversos son los factores que confluyen en la organización de una corrida de toros, y es poco frecuente que desde fuera se sepan calibrar. No me refiero, claro está, a las corrientes, a cargo de las Empresas — aunque tampoco anden ausentes las dificultades y los contra-

tiempos—, sino a las de carácter benéfico. De éstas, desde la secretaría de la Asociación de la correspondido organizar nueva. Las do zona nacional, a poco de ser reconstituida allí la Asociación de la Prensa, para llegar a Madrid con una Junta formada, y las siete restantes, en Madrid, desde el año 39 al actual de 1945, inclusive. Y para detallar más en la rememoración, añadiré que las siete primeras, siendo presidente de la entidad don Víctor Ruiz Albéniz, y las dos últimas—del año pasado y el presente—, bajo las órdenes de don José María Alfaro. Nuevas corridas de toros dan ya experiencia suficiente para saber lo que son sinsabores, gestiones difíciles, desengaños tremendos, obstáculos que parecen insuperables y que hay que vencer. Pues bien: puedo afirmar que nunca, en ninguno de los casos y trances anteriores, hubimos de pasar y sufrir tanto los organizadores de la famosa corrida de la Prensa, que por costumbre y por natural delegación son siempre el presidente y el secretario de la Asociación, como en la de este año, que al fin, después de mil peripecias y disgustos, se celebró el día 4 pasado, con medianísimo éxito artístico y la compensación de una decorosa consecuencia económica.

Quizá porque había dos razones fundamentales para que nuestra ilusión fuese mayor que en las ocasiones precedentes, la contrariedad, al no venir las cosas como nosotros quisiéramos, ha sido mayor. Y aquella ilusión se cimentaba en estos dos motivos notorios: primero, la corrida del año último fué la de mayor éxito que hubiera registrado en su larga vida la Asociación de la Prensa, tanto por su resultado efectivo en el ruedo, con la memorable faena de Manolete al sobrero de Pinto Barceiro, como por los frutos materiales, que fueron mucho más cuantiosos que los de todas las corridas anteriormente organizadas por nuestra entidad benéfica; segundo: para la de este año se había preparado el cartel más atrayente, que llegó a producir una auténtica expectación, y que determinó en los días anteriores al 5 de julio, en que iba a darse, una demanda tal de localidades, con las recomendaciones más inverosímiles para conseguirías, que en la estadística que, después de malograda la gran fiesta, se hubo de hacer, resultó que para las entradas de sol sobrantes, después de retirado el abono, había sólo algunas demandas por debajo de lo disponible; para las de sol y sombra, los pedidos duplicaban lo que podíamos repartir, y para las de sombra, las solicitudes representaron "cinco veces" el papel que había de llegar a nuestras manos. Esos eran los dos motivos que fundamentaban nuestra ilusión: el éxito precedente y la realidad, que nadie puede olvidar, de haber conseguido la combinación de

toreros y toros de mayor trascendencia que pudiera darse.

Sabidas de todos son las causas de que la que iba camino de ser la más famosa de las corridas celebradas en Madrid desde muchos años atrás, tuviera que suspenderse. Fijados ya los carteles, con el billeteaje en nuestro poder, los contratos firmados, los toros en los corrales de la Plaza y todo dispuesto, la cogida de Manolete en Alicante y la de Carlos Arruza en Burgos nos obligó a la suspensión. Es cierto que Domingo Ortega, en aquella ocasión, se ofreció incondicionalmente a la Asociación de la Prensa; pero no es menos exacto que el mismo diestro de Borox comprendió que, desaparecidos del cartel, por virtud de las circunstancias, sus dos compañeros, el precio de la corrida no podía ser el mismo. Y como improvisar una organización en dos días, o saltar encima de las cifras hubiesen sido tareas tan arduas que casi hay que reputarlas de impracticables, se desistió de dar la corrida. Por otra parte, la promesa formal de los otros toreros —los lesionados— de que en otoño actuarían en nuestra fiesta, nos había de inclinar, lógicamente, a decidir el aplazamiento, ya que tanto en la parte artística, respondiendo al interés manifestado por la afición, como por el resultado económico para los fines humanitarios y asistenciales de la Asociación de la Prensa, era más atrayente y tentador mantener el cartel magnífico y sugestivo que se había confeccionado, dejándolo para septiembre u octubre, que improvisar otra corrida en julio con una rebaja de precios y unas sustituciones que llevarían el sello perjudicial de la forzosa rapidez en los reemplazos que se acordaran.

Así, después de meditarlo mucho, los organizadores tomamos el acuerdo, respaldado por la Junta Directiva en una reunión que se celebró precipitadamente, de aplazar la corrida en que habíamos puesto tantas y tan justificadas ilusiones. No quiero, al llegar a este punto de mi relato —que es el más espeso—, llevar a la pluma el menor sentido de acritud. Por el contrario, es mi firme propósito mantenerme en un tono de contención, de moderación, sin atacar a nadie ni hacer la menor observación subjetiva que se aparte de la escueta relación de los hechos. Se ha hablado tan abundantemente en estos días y se ha llevado a las polémicas, de un modo explicable, tanta pasión, que me parece más inexcusable que nunca, dado el cargo que ocupo por la confianza de los periodistas madrileños, contener impulsos que fueran naturales y olvidar mortificaciones que, por tener un carácter personal, estoy más obligado a relegar y separar de mis comentarios.

Fiados —porque no había razón para la desconfianza— en la palabra de los lidiadores, dejamos para el mes de septiembre la organización de la corrida. El señor Gago, apoderado de Arruza, al reiterar que la torería sin ningún género de duda, rogó solamente que fuese hacia los últimos días de septiembre, porque antes tenía casi todas las fechas cubiertas. Ante esta petición, nos pusimos de acuerdo y se convino que celebraríamos nuestra corrida con el mismo cartel de julio en los días finales de septiembre o primeros de oc-

El mejor cartel.—La palabra incumplida. Lo que se podía hacer en octubre.—El ganado.—Diez conclusiones

Y cuando de nuevo los encargados de la organización nos pusimos en movimiento para dar cima a la empresa, ya sometida a bastantes contratiempos, al ver que todas las fechas del dicho mes las tenían prometidas —lo lógico hubiera sido reservar alguna para nuestro festejo, que el público de Madrid y nuestra Asociación bien lo merecían—, adoptamos el acuerdo de que la corrida se diese el 4 de octubre, fecha para los tres toreros contratados. Pero, con extraordinaria sorpresa por nuestra parte, nos encontramos que se negaban a cumplir el compromiso. ¿Razones? ¿Se pueden llamar razones, fueron éstas:

ORTEGA.—Estaba dispuesto a hacer honor a su palabra y a la firma de su representante —fallecido este año— toreando la corrida, siempre que el contrato se cumpliera literalmente, esto es, con los mismos toros que habían sido anunciados.

ANOLETE.—Dijo que no quería venir a Madrid en esta segunda temporada, y todos los razonamientos y razones para que cambiase de propósito resultaron inútiles.

ARRUZA.—Su apoderado manifestó categóricamente que había decidido dar por terminada su temporada con las corridas de Hellín, y que en octubre no torearía ninguna. (Después ha actuado en Zafra, dos veces en Galicia y aun se anuncia que actuará en algún otro punto).

En estas contestaciones rotundas, la Comisión organizadora se puso al habla con otros toreros. Los que habían sido requeridos antes tuvieron perfecto derecho a negarse. No faltaban a ninguna palabra dada. Por ejemplo, Pepe Luis Vázquez, que dos días después de la fecha señalada para la corrida de la Prebendaria se embarcaba para América. Era lógico que no quisiera, en la antevíspera, exponerse a un percance. Y también el cartel que, al fin, se dió el pasado día 4.

El ganadero don Francisco Galache tenía —según manifestación de la Empresa— que enviar tres toros para lidiar, con otros tres que había en Madrid, la corrida. Se ha dicho que los toreros no quisieron venir porque no les gustaba el ganado. Prescindamos de repetir que los toreros de antes no hacían tantos ascensos de toros, como no fuesen de ganaderías completamente desacreditadas. Pero la de Galache es de las más acreditadas, y los tres "ases" han torreado este año bastantes astados de esa divisa para que se pudiera suponer que la corrida no les agradara. La tarde del repulimiento se supo que el señor Galache se negaba a enviar los otros tres toros. Luego llegó a nuestra noticia que habían sido enviados a Zaragoza para las corridas del Pilar, donde "daba la casualidad" que iban a lidiar dos de los tres diestros de nuestra corrida. Se supieron por otros tres de don Vicente Charro, también salmantinos y también de manifiesta predilección por parte de los lidiadores que suelen preocuparse especialmente de las divisas y condiciones del ganado.

La cosa vino ya francamente tocada de desdicha. Como todo el mundo sabe, se desechó un toro de Galache por inutilizarse en pleno ruedo, "después de haber aplaudido por el público a su salida". Y se retiró el toro de Charro "que pesó cerca de treinta kilos más de lo que marca el Reglamento, y algunos más también de los lidiados en la misma tarde". No vamos a repetir esto. El público estaba enfurecido; la cosa iba por mal camino; todo era mal humor, y la reacción era injusta, pero, en cierto modo, explicable.

Y esto es todo. El secretario de la Asociación de la Prensa quiere aclarar las cosas y puntualizar:

PRIMERO.—La Asociación no tiene la culpa de que dos matadores de los contratados fuesen cogidos en las fechas de víspera de la corrida, cuando ya estaban los carteles en los muros de Madrid.

SEGUNDO.—La Junta, ante la situación creada, y por su deseo de servir al público, contando con la palabra formal de los toreros, prefirió el aplazamiento.

TERCERO.—Nada hacía suponer que la promesa y las firmas se incumplieran, dejándonos en la estacada.

CUARTO.—Si bien es cierto que Ortega se ofreció a torrear con los otros dos, no dijo nada de hacerlo con los que se contrataran en su sustitución, y su carta al director de "Marca", y luego al presidente de la Asociación, se enviaron cuando ya estaba formalizado el nuevo cartel.

QUINTO.—La Asociación tampoco tiene la culpa de que los toreros no quieran —por lo que sea— venir a la Plaza de las Ventas.

SEXTO.—Cada uno de los diestros contratados cobraba CIENTO CINCUENTA MIL pesetas.

SEPTIMO.—La corrida se dió con los toreros que, después de los que se negaban, parecían a los organizadores de más interés para el público, y a pesar de ello, dada la fecha, la dificultad vencida y el cambio de programa, haciendo un verdadero sacrificio, la Asociación decidió rebajar los precios a casi una tercera parte de los de julio.

OCTAVO.—La corrida que se iba a lidiar era de una ganadería de primera clase, de las que prefieren y cultivan los toreros "de moda", y si no vinieron los tres toros que faltaban, y que la Empresa prometió a los organizadores, tampoco fué por culpa de éstos.

NOVENO.—El toro que se lidiaba en sexto lugar fué retirado teniendo más peso del reglamentario y habiendo resultado bravísimo.

DECIMO.—La Asociación agradece, una vez más, al público madrileño su asistencia y justifica su mal humor, que seguramente estaba motivado más por causas de resentimiento con los ausentes que por dureza de juicio respecto de lo presente.

Para que en la campaña que se ha hecho, y que acaso pueda seguir ante ciertas conductas, la verdad resplandezca, he creído que, objetivamente, sin apasionarme, en servicio de la verdad y de la afición, debía traer aquí estas aclaraciones.

FRANCISCO CASARES



CARTEL DE FERIA EN ZARAGOZA

GRAFICA DE LAS CORRIDAS DEL PILAR



Fernán Rivera empieza la faena de su primer toro con los dos rodillos en tierra



Parrilla rematando un quite en la primera corrida del Pilar



El Espartero aguanta firme la arrancada y logra un buen derechazo (Fotos Mari y Marín Chivite)

BALSAMO HAZUL
 Unguento antiséptico
 para accidentes y
 enfermedades de la
 Piel
 QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS
 (Autorizado por la Censura Sanitaria)

AHORA HACE UN AÑO...

EVOCACION DE LA MUERTE DE MANOLO CORTÉS

Tenía 18 años y fué un novillero de extraordinario valor

Por HERNANDEZ PERPIÑA



Manolo Cortés, entonces Yoni Chico, y Pepe Catalán, en su debut como becristas

El día 5 de mayo de 1926 nació Manolo-Garrigós Cortés en Madrid. Vió la luz por vez primera en la calle de Gaztambide, número 14. De familia modestísima, vivió con sus padres en la capital de España hasta el año 1936, en que marcharon a Valencia.

Muy joven todavía, perdió a su padre. Murió en Valencia, en el antiguo Café del Siglo, de forma repentina y fortuita. Manolo era el segundo de los cuatro hermanos, tres varones y una hembra. Y para ayudar al mantenimiento de su madre prestó sus servicios en el Hotel Regina, de Valencia, como botones.

Pero el chiquillo tenía grandes aspiraciones. No le complacía la idea de ser lo que era. Su medio de vida le llevaba por momentos en los que las privaciones y el hambre eran la eterna farándula que arrastraba por la vida.

Un día tropezó con Joaquín Sanchis, Finezas, el que fué mozo de estoque del infortunado Granero. Y a su lado Manolo Cortés llegó a ser figura entre la novillería. Finezas fué para Cortés mentor, consejero y orientador. Junto a él consiguió, gracias a sus sabios consejos y a su apoyo económico, del que nunca se vería resarcido después—eterna canción en las lias de la tauromaquia—, abrirse paso entre la vulgaridad de los muchos centenares de aspirantes a «figuras».

Finezas le descubrió una mañana en la Plaza de Toros. Y de aquel rapazuelo de ojos vivarachos y gesto alegre nació el que comenzó a llamarse Yoni Chico. El apodo se basó en su parecido físico con el novillero andaluz Yoni.

El día 1 de febrero de 1940, Manolo Garrigós Cortés, Yoni Chico, formaba, con Pepe Catalán, la pareja de novilleros que habría de conquistar más tarde uno de los primeros puestos entre la grey novilleril.

El chico tenía maneras, afición y ganas de triunfar. Conocimiento de lo que iba a ser su profesión y, lo que era más importante, contar con un alma caritativa que le quería redimir, llevándole hacia el triunfo por el camino que su valiosa experiencia en lias taurinas le había hecho competente.

EL DEBUT EN VALENCIA

Finezas le inculcó para sí los secretos de la profesión, orientándole, y le ayudó económicamente. Más que un apoderado fué para él un forjador, moral y profesional.

Hasta el 22 de agosto de 1943 no debutó en Valencia. Antes se había ido forjando en capeas, con becristas, y en plazas de pueblos. El consejo, la lección, la ayuda, el aliento y el consuelo de las tardes desafortunadas se encarnaban en Finezas, que, en contra de la voluntad del chiquillo, no se autorizó a presentarse en Valencia hasta que no estuviera en condiciones de dar el espaldarazo del éxito. Aquella tarde alternó con El Choni y Pepe Catalán en la lidia de seis novillos de Soler y Garro Díaz Guerra. Costó orejas y rabos y fué paseado en hombros triunfalmente.

Hasta el 31 de octubre de aquel año aun toró, con gran éxito, tres novilladas más. Y al año siguiente, en la temporada de 1944, actuó en la Plaza de Valencia en seis novilladas más. De las diez corridas en dietas de ellos cortó orejas y rabos y salió triunfalmente en hombros de sus muchos admiradores.

Manolo Cortés—su nombre torero—era ya figura. Y la pareja con Pepe Catalán se imponía ya por propios méritos en todas las novilladas de postín.

El día 7 de marzo de 1944, Manolo Cortés, ya encambrado, abandonó a su mentor y consejero, y tras un corto periodo de titubeo, eligió como apoderado al ya popular Andrés Gago, apoderado del mejicano Arruza, entre otros.

LA TRAGEDIA

En la feria de Algemesi, el día 28 de septiembre de 1944, se lidiaron cuatro novillos de Frías de Villamanrique (Ciudad Real), para Manolo Cortés y Rosalito Chico.

Presidió el alcalde y asesoraba Francisco Vila, El Rubio. Al primer novillo, castaño, corraicho y bien puesto, lo toró Cortés superiormente de capa y bien banderillado; tras de bandiar a unos amigos, comenzó estrechándose con el bicho, sacando muletazos buenos y ligando naturales caídos. Inició una serie de derchazos busnos, y al dar el tercero, metió el pie en un hueco del piso, mal igualado, y al doblar, se para caer, por haber perdido el equilibrio, el toro, enclavado, se le arrancó. Hizo por él, y le dió una tremenda cornada en el muslo izquierdo. En brazos de las asistencias, fué retirado a la enfermería. Rosalito Chico, en un gesto de hombrada, despachó la corrida entera.

En la enfermería le curó el doctor don Ismael Ramírez, el cual facilitó el siguiente parte facultativo: «Durante la lidia del primer toro, ha ingresado en esta enfermería el diestro Manolo Cortés, con una herida de asta de toro en la región antero-interna del muslo izquierdo, en su tercio superior, que interesa piel, tejido celular, aponeurosis muscular, de unos veinte centímetros de extensión, hacia arriba y adentro hasta el conducto inguinal, con abundante hemorragia, por rotura de vasos importantes en la región. Pronóstico muy grave. No puede continuar la lidia.—Ismael Ramírez.»

Su mozo de estrozas, Barrita, previa consulta, le trasladó lo más rápidamente posible a Valencia, en un coche-furgoneta, sobre un colchón, que por la gran hemorragia, se empapó de la sangre del diestro.

Fué necesaria una tercera transfusión, y el estado fué calificado de gravísimo. Como se tenía un total de sangre, le fueron administrados los auxilios espirituales.

A los dos días, el 1 de octubre, fué necesario amputarle la pierna izquierda ante el peligro inminente de una gangrena.

Se acabó el torero, pero vivía aún el hombre. Su madre no se separaba un momento de la cabecera de su cama. La clínica era un constante desfile de amigos y admiradores del diestro interesándose por su salud.

Cuando Manolo Cortés se enteró que le habían cortado la pierna, calló. Soportó en silencio su desgracia, según dijo después, «por no disgustar más a mi madre». «Ciel que no lo sabía, y no quise asustarla más.»

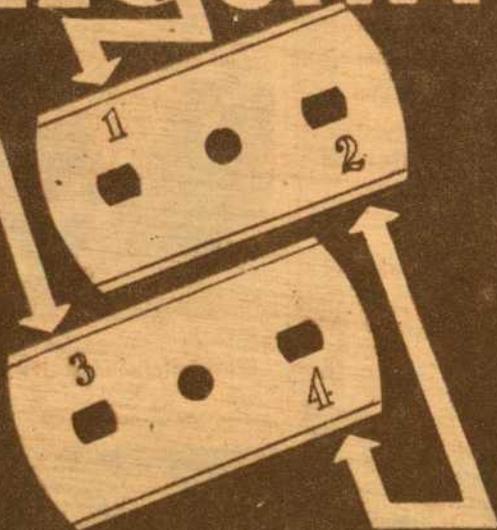
Una mejoría siguió a aquella gravedad inicial. Fué autorizado a tomar alimento, y hasta recibía a sus íntimos y familiares.

Fué entonces cuando el divorcio entre Finezas y él quedó disipado, al fundirse ambos en un abrazo en el lecho de dolor de Manolo.

—Si supiera lo que me he acordado de usted, don Joaquín.

HOJA

MEZQUITA



DE FILO NUMERADO



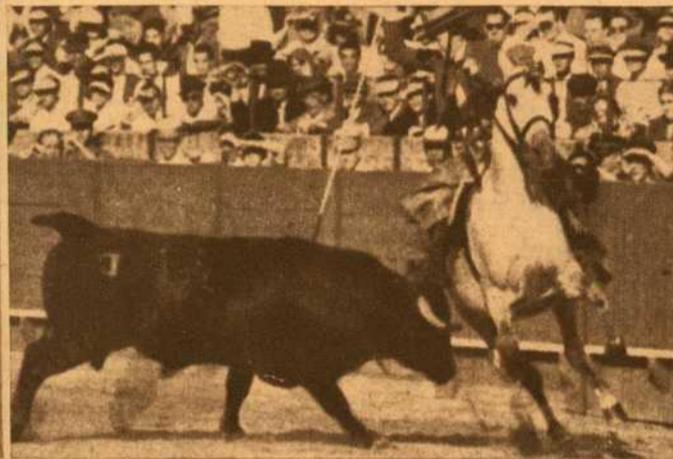
Manolo Cortés, el infortunado diestro madrileño muerto a consecuencia de la cogida de Algemesi, en una de sus tardes triunfales es paseado en hombros con Pepe Catalán

CARTEL DE LA CRUZ ROJA EN SEVILLA

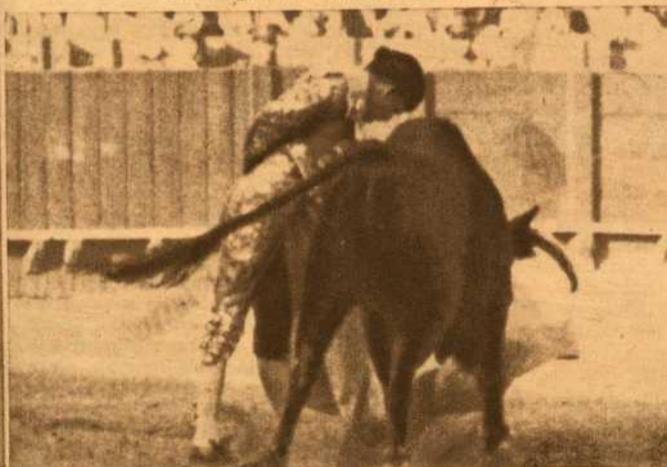
Conchita Cintrón, Cañitas, Andaluz y Julián Marín



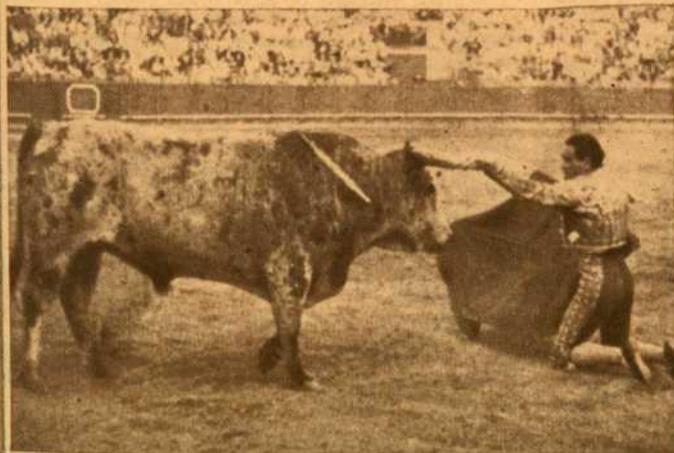
Momento de la cogida de Carlos Vera, Cañitas, que resultó ser de gravedad



Conchita Cintrón coloca un buen rejón a su novillo en el que obtuvo un triunfo



Cañitas toreando por gaoneras.—Abajo: Andaluz en un adorno



Juicio crítico

Renovó sus bien ganados lauros Conchita Cintrón en el ruedo de Sevilla, ejecutando diestra y gentilmente su toreo a caballo con suma armonía y calidad ecuestres. En lidia de a pie actuaron Cañitas, Andaluz y Julián Marín. La mala fortuna, que rompió día tras día el éxito del bravo Cañitas, cruzóse con él de nuevo en el primer toro, al que había banderilleado con habilísima escuela y mucho valor y genio. Al iniciar la lidia de muleta cayó herido—grave, como siempre—, y Andaluz hubo de matar a este toro con certera prontitud de trámite.

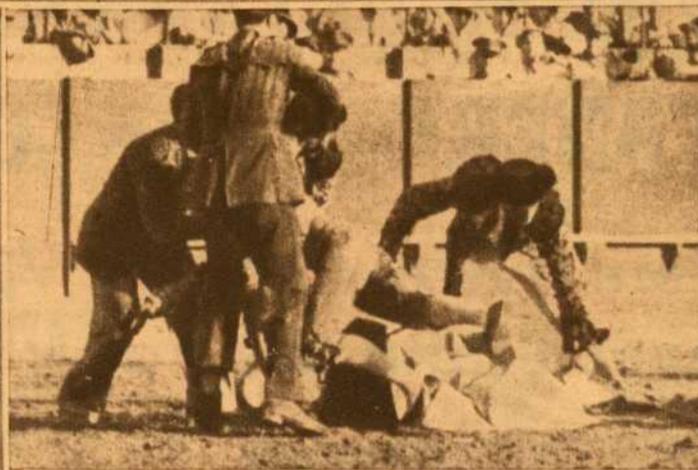
Quedó la corrida sobre un mano a mano imposible. Y ya en esta brecha digamos que ninguna razón—intima o externa—justifica la presencia de un ganado como el de la señora doña María Sánchez, de Salamanca, lidiado en esta solemne corrida de la Cruz Roja. Mansos y sin casta, con andar de bueyes y sin posible lidia—ni espléndida ni práctica—, deslucieron la fiesta.

Volvió Andaluz a recrearnos con su toreo de capa, esencialmente clásico y henchido de ritmo y majestad. Las verónicas y el quite por chicuelinas justas y medidas a su primero—segundo en la serie ordinaria—fueron por sí solos el único recuerdo de esta corrida. Dos ovaciones cerradas y delirantes proclamaron—hoy como ayer y siempre— que la capa de Manuel Alvarez sigue exclusiva en el sitio triunfal, donde sobre sí misma se sostiene.

Nada pudo hacer Julián Marín con ninguno de sus toros, porque ni éstos fueron propicios ni el navarro se excede en cualidades.

La Plaza, llena y juguetonamente decorada con banderas y gallardetes. Sevilla es pródiga—y ello es nobleza que la honra—con la inmensa generosidad de la Cruz Roja.

Montero GALVACHE



Cañitas es retirado del ruedo. La espada la lleva clavada en la pierna



Un par de banderillas cortas coloca la Cintrón en un terreno comprometido



Andaluz en un pase por alto.—Abajo: Julián Marín en una chicuelina (Fots. Arenas)



El escultor MATEU VIO TRIUNFAR EN LIMA A CAÑERO y al ALGABEÑO

Para que el toreo sea VERDAD hacen falta toros de VERDAD



MATEU, el célebre escultor valenciano, es un artista internacional, cuya inquietud viajera le ha llevado repetidas veces a América. Dieciocho travesías del Atlántico ha hecho ya, y por Perú y La Habana quedan muchas e importantes obras de este español, que dió lustre a la Patria en las tierras lejanas en la distancia, y cerca, muy cerca, en nuestro corazón. A Mateu le sonrió la gloria desde su juventud temprana, cuando cambió los cielos mediterráneos por los madrileños y ganó una tercera medalla. Más adelante ganaría la segunda y la primera, sería propuesto para condecoraciones, conseguiría por oposición una cátedra y acumulaba todo ese justo prestigio y autoridad en que se asienta su fama, consolidada a lo largo de muchos años de labor y de éxitos. Pero antes, ahora y después, lo que más le ha ilusionado, después de la escultura, son los viajes y los toros. Le toca hoy hablar de sus entusiasmos y de sus opiniones sobre la fiesta; pero, inevitablemente, saldrán también sus viajes en la conversación. ¡Como que en alguno de ellos sus compañeros de pasaje fueron toreros!

—Por ejemplo, aquí que realicé con Gitanillo de Rolda, Rodalito y Gallito de Zafra. Aquel Gitanillo era un hombre valiente de verdad. Le contaré algo significativo para comprender su temperamento. Una mañana, Gitanillo bajó a la petuquería del barco a que le afeitaran. El barbero le dijo que no podía ser hasta más tarde, y el torero aragonés quiso saber las causas, ya que le extrañaba la negativa, porque no había ningún cliente. El figaro le dijo, ya con malos modales, que iban a llegar tres señoras a los que iba a rasurar antes que a él. Le propuso el diestro que le afeitara mientras llegaban los otros; pero el barbero se puso "flamen-co" y se negó terminantemente: "porque le daba la gana". Entonces Gitanillo ya no pudo contener su enfado, le zaranicó, le dijo las cosas más gordas que se le pusieron decir a un hombre, a pesar de que el otro no era de los que se acochan, y al final se sentó en el sillón y le dijo: "Y ahora, a afeitar-me, si no quieres que te tire de cabeza al mar." Y puso su garganta a la disposición de la navaja de aquel hombre, a quien acababa de ofender tan gravemente.

—¡Qué bárbaro!

—Pues en el mismo viaje paseaba yo por cubierta con un señor que nunca había ido a los toros, pero que tenía la opinión de que todo era truco y que los toreros no eran valientes, ni mucho menos. Lo comenté luego con Gitanillo, y éste se fué a aquel individuo, que era alto y fuerte, se perfiló ante él y simuló con la mano un pinchazo en la barriga de aquel caballero. Al mismo tiempo que le decía: "Conque esas tenemos, ¡eh, pillín?" Repitió la "suerte" tres veces sin que el otro reaccionara; después le volvió la espalda y se marchó tan tranquilo.

—¿Y ha visto usted toros por América?

—Por dondequiera que he estado he ido a los toros siempre que ha habido festejo. Al primer torero que vi yo fué al mayor de los Fabrilo, que había de morir trágicamente en la Plaza de Valencia. Entonces era yo un niño. De lo que si me acuerdo es del debut de Belmonte como becerra en mi ciudad natal. Aclaremos que aquellos becerra de entonces eran como los mal llamados toros que se matan hoy. Belmonte esperó al astado a la salida de los toriles, las rodillas en tierra, para darle una latiga... que no llegó a realizar porque resultó cogido aparatadamente y hubo que llevarle a la enfermería. El público sacó la impresión de que se trataba de un suicida. Cuando estuvo bueno le anunciaron otra vez, y se llenó la Plaza. Aquella tarde le salió todo bien, y aunque la gente aun seguía creyendo que era un suicida, ya empezaron a decir que era torero: un torero temerario, al que le auguraban un fin trágico; pero torero al fin.

—¿Usted, fué belmontista?

—Yo admiré mucho a Belmonte y a Joselito, y creo que su época no ha sido superada; sin embargo, yo era "gallista" de los clásicos de los de Rafael, que cuando estaba inspirado era maravilloso. Cuando reapareció, después que le suponíamos retirado definitivamente, le vi poner un par de banderillas al quiebro que todavía no lo ha borrado nadie. ¡Y andaba ya muy próximo a los cincuenta años!

—¿Vió usted la muerte de Fabrilo?

—No, por fortuna. Lo quisí vi es una cogida de Moreno de Alcalá que todos creíamos que era inmortal de necesidad. Con gran asombro le vimos salir a poco de la enfermería; el toro no había hecho más que destrozarle la ropa a la altura del vientre, formando con ella un montón confuso; pero, por suerte, no había pasado de ahí. Por una verdadera providencia no vi la cogida y muerte de Cañero. Cinco minutos después de haber salido de casa con un amigo me llevaron dos contrabarreras, que no pudimos utilizar. Mi amigo y yo estuvimos dudando entre ir a la Plaza o marcharnos a pasear, y elegimos esto último, sin que aun pueda explicarme por qué, ya que no me perdía una corrida, y lógicamente menos me debía de perder aquella, que toreaba mi paisano. A la caída de la tarde estábamos en la plaza de Santa Ana tomando cerveza. Pasó el coche de la cuadrilla de Granero y vimos a Blanquet, que se tapaba la cara con las manos. Comprendimos que algo ocurría, y nos fuimos a la Carrera de San Jerónimo, donde se alojaban. Dos señores salían en aquel momento muy impresionados. Las palabras de uno de ellos no se me olvidarán ya: "¡Qué cogida! ¡Pobre Granero!" Y sin medio del dolor que su muerte nos causó a todos, agradecí al diablo que me hubiera evitado el presenciar aquel horror. Para dejar esta imagen penosa, le preguntamos a continuación a Mateu:

—¿Usted no pensó nunca en ser torero?

—¡Ya lo creo! Eso fué cuando tenía dieciséis años. Dudaba entre torero o escultor. Toreé a un becerro en un corral. Quise empujarle en la mulata, porque gazapaba y retrocedía, y cuando más descuidado estaba, fué el becerro el que me empapó a mí, dándome una paliza que me tuvo una semana en cama y acabó con mis dudas: me decidí por la escultura, sin vacilar lo más mínimo.

—¿Le quedó la afición.



—Eso siempre. Y he visto torear en La Habana, a pesar de que allí están prohibidas las corridas. Existía una placita privada, la de los Zapotes, para tientas. El Gallo toreó allí en una fiesta para unos cuantos amigos y derrochó gracia gitana con los becerros. De último número sacaron un toro de verdad, y El Gallo dijo que como broma ya estaba bien, y se metió en un burladero. Asistían a la fiesta, entre otras personas, Tita Rufo, Anastasio Rivero y un joven llamado Benigno. Este Benigno era hijo de españoles,

y a pesar de no haber estado nunca en la tierra de sus padres, tenía una planta torera magnífica y vestía de corto con la soltura de los que se han criado a la sombra de la Giralda. Benigno se fué al toro y dió unos lances estupendos, simulando después con palos sin pincho muy buenos pares de banderillas. Y es que por sus venas corría la sangre torera y era torero sin él mismo saberlo.

—En Lima también tengo entendido que estuvo usted.

—Sí. En varias ocasiones. En una de ellas me encontraba haciendo un busto al Presidente de la República del Perú. Me hizo el honor de invitarme a su palco en una corrida en la que actuaban Cañero y Algabeno y dos espadas más, que no debieron quedar muy bien, porque me he olvidado de quiénes eran. El Presidente se entusiasmó con la salida a la Plaza de don Antonio Cañero. Me dijo "No hay en el mundo una estampita de más majeza y gallardía que ésta de Cañero a caballo. ¡Viva España!" Aquella fué una tarde triunfal para el rejoneador y para Algabeno. El Presidente los llamó a su palco y los felicitó con toda sinceridad y entusiasmo.

—Y los públicos de allá, ¿son como los de acá?

—Sí, sí. Exactamente igual. El mismo temperamento, las mismas reacciones, la misma exaltada afición, el mismo ambiente...

—¿Usted es torista, como se dice ahora, o torerista?

—Yo voy por los toros y por los toreros. Claro que sin toros no hay fiesta, y eso es lo que pasa hoy. Una corrida de toros —toros como los que hemos visto el otro día en Madrid— no se da con frecuencia. Con toros es cuando el toro alcanza su verdad, cuando aparece la emoción. Es en estos casos, ahora tan contados, cuando yo, que suelo ser un espectador sereno, pierdo el equilibrio de mis nervios, para entusiasmar-me como el primero y aplaudir como el que más. Pero actualmente salen pocos toros auténticos, y para mí, el menos, si no hay toros, no hay corrida. Por eso querido amigo, sin criticar lo que ocurre a estas fechas por las Plazas, yo no cambio las épocas pasadas, sino que recuerdo aquellos tiempos de Belmonte y Joselito por los de ahora.

Y después de estas palabras, Mateu consulta su reloj, antes de despedirse de nosotros y marchar a dar su clase de Modelado y Composición decorativa.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LOS TRES MANUELES

Manuel Granero, Manuel Jiménez y Manuel Varé. Los tres Manueles o Manolos. Dos de ellos ya no andan por el mundo de los vivos. Uno murió en el mismo ruedo, y el otro salió en brazos de las asistencias, después de una gravísima cornada, para irse de este mundo al mes y días.

Hoy salen a nuestra página en este cartel de feria que podemos señalar como superior. El arte magistral de Granero, la gracia imponderable de Chicuelo y el valor temerario de Varelito. ¡Vaya terna!

Por lo "desgarrao" debió empezar la corrida. Manuel Varé jugaba al toro poniendo su corazón en la mu-

leta y pasándose muy cerca de los pitones del bicho. Después se iba tras el acero —rey del volapié— para enterrarse en el morrillo eluciente de su enemigo. Cante recio el de Varelito.

Y después, la sabiduría del valenciano. Soleares y seguidillas. Cante corto y cante "jondo". Granero sacaría a relucir la magia de su conocimiento engarzada en lo majestuoso de su arte. Su muleta matemática iría marcando —uno, dos, tres— los tiempos de aquel lance y de este otro pase. Soleares y seguidillas las de Granero.

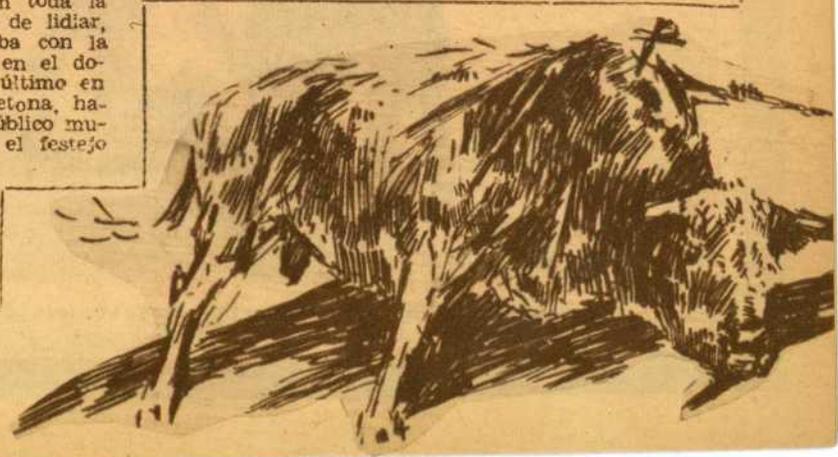
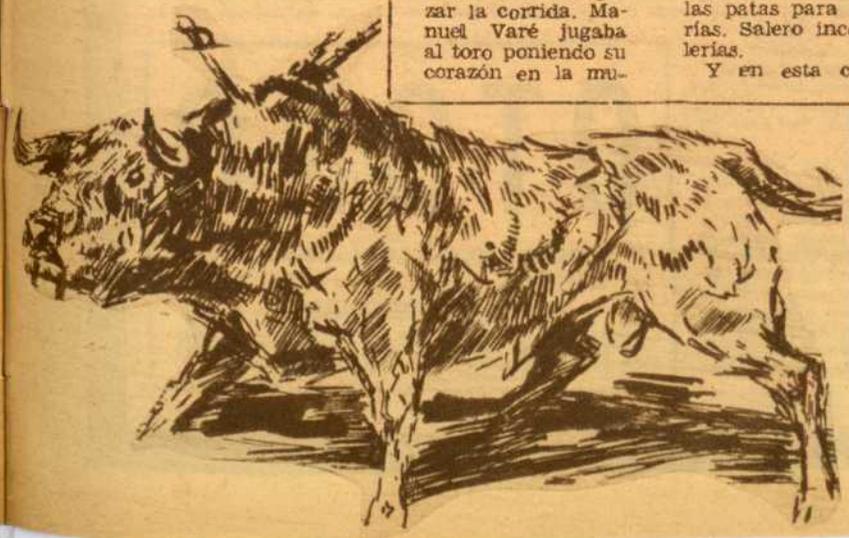
Chicuelo echaría al aire caldeado de su turno las alegrías. Su toro se marcharía para el desholladero con las patas para arriba, después de una lidia por bulerías. Salero incoplable el de Chicuelo. Alegrías y bulerías.

Y en esta corrida en tres tiempos. Con toda la gama posible en el arte de lidiar, en donde aquél reinaba con la suerte de matar, y éste en el dominio y elegancia, y el último en la finura diestra y juguetona, habrá que pensar que el público murió de dicha si es que el festejo cuajó. Porque entre los carteles completos tiene que figurar el de los tres Manueles con categoría de primera especial.

¿Sería aquí, en la primera Plaza del mundo, o caerían por Sevilla en la feria de abril? Quisiéramos saber dónde y cómo fué aquello, si es que queda alguien para contarlo. Porque la cosa, apostamos algo a que lo merece. Y es que, si "fué para bien", aun deben de andar roncós los espectadores y estupefactos. Muchos años tiene la efemérides, pero el ambiente de la Plaza donde aconteció el hecho aun estará caldeado.

Porque es que, señores, cuando los tres Manueles se ajustaban bien los machos y se apretaban la montera, había tanta calidad y tanto arte, que las columnas taurinas se echaban a temblar.

Manuel Varé Varelito. Manuel Granero y Manuel Jiménez Chicuelo.

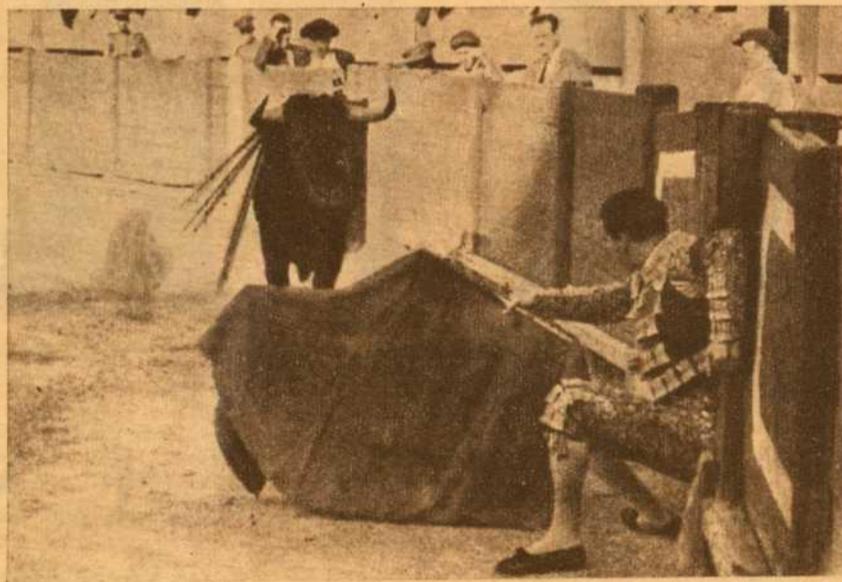


CARTEL DE MURCIA

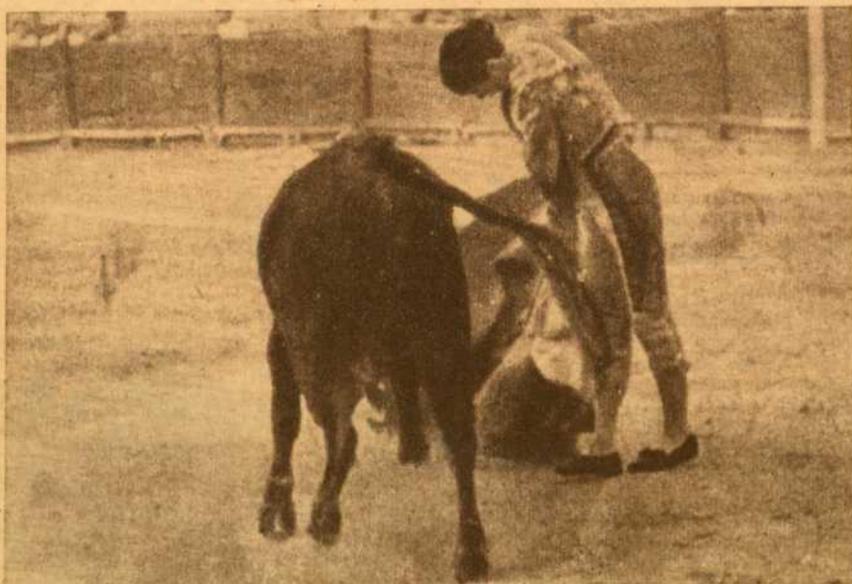
ANTONIO VELAZQUEZ JULIAN MARIN Y EL CHONI



Un buen par de Antonio Velázquez al cuarto toro



Julián Marin al iniciar la faena de muleta, sentado en el estribo



El Choni remata con media verónica un quite al segundo toro (Fots. López)

A PUNTA DE CAPOTE

EL PUBLICO A VISTA DE PAJARO

Por FEDERICO OLIVER



QUE cosa es el público y cuáles son sus características, según los diversos "espectáculos"?

Si pretendemos entrar en una sala de conciertos una vez comenzada la audición, nuestro respeto al público concentrado y selecto nos detiene en espera del fin de la pieza. Si entramos en un teatro donde todavía el conjunto de espectadores merece el nombre de público —o ilustre asado, que decía los caucos—, procuramos ocupar sin ruido nuestro asiento cuando está el telón levantado. Pero si entramos en una Plaza de Toros en el clásico instante del poseillo, lo hacemos a empujones, sin descubrirnos, sin tirar el cigarro y sin cortesía. Ello dice a los claros que hay tantos géneros de público como géminos y diversos motivos espectaculares. El público de toros ausculpa las localidades de las Plazas apenas merece el nombre de público, por desorbitarse y desdibujarse en masa, multitud. Ese mar de cabezas gesticulante que enardecen el sol y crea la sombra

es como un río formado por veinte mil arroyuelos, unos limpios y superficiales y otros subterráneos y nada limpios. Su masa oscura, abigarrada, multitudinaria, se nos presenta a vista de pájaro como una serpiente enroscada, en un esquema concreto de la gran ciudad que representa. Es el plano vivo y vociferante de la ciudad misma, con su centro, barrios y suburbios. Allí Buenavista, Maravillas, el Avapiés, el Rastro; y si aguzáis el oído advertiréis el burrio de las Injurias. La gama vibratoria de la emoción estremece a ese complejo pasional en los contrastes armónicos de la lidia, y en ellos, al por que surge el entusiasmo delirante en los momentos cambres del espada, surge también, en aquellos en que no arriesga la piel lo suficiente, el impulso sádico, el fermento homicida que por naturaleza vive en los bajos estratos de la muchedumbre. Este fermento homicida late en el tendido. Digalo si no el cadáver del pundoneroso espada Nacional II, muerto en sus gradas por defender a un compañero vilipendiado en mitad del ruedo. Es el que arroja los cascotes de botella al torero en desgracia, atrocidad que, por fortuna, ha encontrado su castigo; pero el insulto soez, la palabra ofensiva, peor como arma arrojadiza que una almohadilla o una botella de vino, no ha encontrado todavía la condigna sanción. Este es el peligro, y he aquí por lo que llamo al público el enemigo número 1 del torero.

En todo público de pago, aun en el más culto, palpita siempre un halo mental que resiste al orador, al poeta dramático o al actor. La victoria de éstos estriba en el asalto de esta muralla invisible clavando en el ápice de su resistencia el dardo de la emoción o la palabra bella y expresiva. Unicamente así el público olvida el precio de su localidad y se entrega a su dominador. Si esto ocurre en las lides de la escena o la tribuna, imaginad, lo que pasará en el alma del torero cuando al requerir muleta y estoque se dirige a un enemigo que puede llevarle de este mundo, y que, sin embargo, es menos temible que esa atmósfera mental oscurativa, espesa y hostil que gravita sobre sus movimientos. Entonces el espada, para romper el hielo, como dice el tórico vulgar, se lanza al desplante temerario que convierte el siseo de la expectación en el jaleo desgarrado del triunfo; pero si no lo consigue, si los imponderables de la lidia anulan su esfuerzo y si la duda —enemiga letal de los toreros— se adueña de su espíritu y no acierta, y el tiempo devorador tritura los instantes, y a la deriva del fracaso los sentidos del artista se desparanman entre el peligro cierto de una cornada y el otro peligro aniquilador del ambiente de injurias mentales —y de las otras— que te aplasta, entonces, por una reacción desesperada de la hombría en entredicho, por un sentimiento de sonrojo oscurecedor de la conciencia y del instinto, el torero, acorralado en los límites en que la razón se inhibe, cierra los ojos y se lanza al trágico albur de la colle de en medio, matando, si puede, a su enemigo, aun al precio de colgar sus entrañas en los pitones penetrantes.

No se diga que tal pintura es exagerada: desde Curro Guillén el Espartero, y del Espartero a nuestros días, este caso ha ocurrido, puede ocurrir y ocurrirá. Por eso, cuando la vida de un hombre se halla en litigio ante los puñales retorcidos de una fiera entaberrada, signo trágico de interrogación, y el sarcasmo plebeyo rebosa en la baba del insulto, y aparecen las odiosas palmitas de tango, que rompen los nervios y crucifican el alma, yo apretaría, por solidaridad con el torero, que es mi semejante, que, ya que vivimos en la época de los alarvos, reguladores y disciplinadores de los extravíos multitudinarios, uno de ellos resaca en los ámbitos de la Plaza con esta advertencia:

—Humanidad, señores, que se juega con la muerte!

Los escritores extranjeros que asisten a los corridos de toros atribuyen más inhumanidad a la actitud de los públicos que al espectáculo en sí. Y más aún: los mismos escritores clásicos taurinos, tan apasionados de la fiesta, consignaron en sus obras los más duros diatribas contra los públicos de su tiempo. ¿Puede lograrse algún día una posible educación del público hasta el punto de que desaparezcan sus teras tradicionales? Lo creo difícil, pero no imposible.

No quisiera que estos juicios míos se interpretaran como desamor a la fiesta. No abriga tal sentimiento quien desea su depuración como español y aficionado. Por lo demás, reconozco el respeto que por antonomasia merece el respetable público cuando no lo turban filtraciones ni desahites.

OTOÑO

el momento de revisar su coche o camión y prepararlo para todo el INVIERNO

SEIDA, S. A. - Espronceda, 36

EN EL XXXII ANIVERSARIO DE SU RETIRADA

MACHAQUITO habla para EL RUEDO

"Esta es la época de la comodidad taurina"—dice el ex torero cordobés

Por JOSE LUIS DE CORDOBA



Machaquito hace unas declaraciones a nuestro colaborador en el XXXII aniversario de su retirada

ENCONTRAMOS a don Rafael González Madrid en su tertulia matinal del Círculo de Labradores. Allí, el famoso ex torero de parte a diario sobre diversos temas —los toros, la caza...— con un grupo escogido de antiguos amigos entrañables. Hemos llegado a solicitar de Machaquito unos minutos de atención para plantear una breve charla para EL RUEDO con motivo de cumplirse ahora el treinta y dos aniversario de su retirada del ejercicio activo de la profesión taurina. Rafael nos ha dicho al recibirnos:

—Ya mi memoria no me va siendo fiel. Pero no puedo negarme a su requerimiento. Cuanto yo pueda recordar y contarle...—Y nos invita a sentarnos en una butaca junto a él, con su inconfundible gesto cordial.

El 16 de octubre de 1913, Machaquito decidió cortar de súbito su carrera taurina. Sobre este acontecimiento de su vida hemos inquirido detalles:

—¿Anunció usted previamente a la familia, a los amigos o a la Prensa, su decisión de irse de la fiesta?

tarde salieron por los chiqueros once toros, de los cuales lidiaron seis de Bañuelos, de Oleas, de Guadalest... Y hubo de todo, más malo que bueno.

—Y el último toro por usted lidiado...

—De Bañuelos era. Un colorao, desarrollado de cuerna, bizco del derecho, llamado Lunarejo. Fue manso y se le condenó al fuego infamante. Ya le digo a usted que aquello fué un desastre...

—Como para no pensar más en ceñir la taleguilla.

—Eso hice yo. Figúrese con la alegría con que mi familia acogió la noticia. Y la sorpresa de los aficionados. Pero el día 21, en el Palace Hotel, Clemente Peláez, mi gran amigo, se encargó de cortarme la coleta a presencia de mi esposa y de los dos hijos que por aquel entonces teníamos.

—¿Usted, cuántos años contaba?

—Treinta y tres.

—¿Continuó asistiendo a las corridas una vez retirado?

—Sí. Mientras la salud me ha respondido. Ahora, desde que padeci una grave enfermedad, sigo al pie de la letra los consejos de los médicos observo una vida al margen de aglomeraciones, de ajetreos, con verdadero método.

—Y torear, ¿ha torreado usted después de retirarse de la profesión?

—Algo. Pero nunca en corridas formales. En tentaderos, si he torreado bastante.

—Ahora, don Rafael, ¿puede darnos una impresión suya del torero actual en relación con el de su época?

—Verá, verá —nos dice sonriente—. Entonces el ganado era mayor, como usted sabe. Los toreros teníamos tardes afortunadas, y otras en que el Santo se nos ponía de espaldas. Entonces los toros daban cornadas..., y ahora también. Pero lo que yo digo es que la edad, el tamaño, lo hacen todo. No tanto el tamaño exagerado. A mi juicio, con

—En absoluto. Y tan fué así, que yo me encontraba en tratos con la Empresa de Lima para actuar allí durante los meses invernales. Pero aquella tarde en el ruedo me acometió la idea de no vestirme más de torero. Estaba cansado —este fué el único motivo— después de trece años de matador de toros, durante los cuales tomé parte en 754 corridas y estoqueé 1.853 reses. La lucha era muy dura y peligrosa.

—¿Quiere recordar algunos detalles de aquella tarde de su última corrida?

—Aquel festejo pasó a la Historia por cosas tan diferentes... Una de ellas, la alternativa de Belmonte; yo le cedí el toro Larcuito, de Olea, negro, actuando de testigo Rafael El Gallo. Otra, por el desastre de los toros. Primero se anunció la corrida con reses de Guadalest. Desechadas, se sustituyeron por reses de Bañuelos. Y más



Rafael González, Machaquito, en el momento de cortarse la coleta a presencia de la esposa y los dos hijos del diestro

240 ó 250 kilos está bien la cosa. Pero la edad, el "sentido", lo es todo. En fin que yo creo que esta época es de gran "comodidad" para los toreros que la viven.

Observamos que Machaquito, hombre discreto, ha rehuído el personificar en esta opinión sobre el toreo de hoy. Por ello no queremos atosigarle pidiéndole un juicio sobre la calidad artística de los diestros actuales. Pero si sobre los de su época. Y a nuestra pregunta nos responde sin vacilación:

—Rafael Gómez El Gallo ha sido, para mi gusto, el mejor de cuantos toreros he conocido.

—¿A pesar de su toreo, opuesto al que usted practicaba?

—A pesar de todo. Rafael, en sus tardes felices, era insuperable. Se arrimaba como el que más y ponía en práctica un arte exquisito. Yo recuerdo una vez, en Valencia, que el "calvo" hizo cosas prodigiosas con un toro —¡un toro!— de Pablo Romero, que le cogió, por cierto. Aquella faena se quedó para siempre grabada en mí.

Ha sonado la hora del mediodía. Rafael González Madrid, hombre metódico, abandona la agradable reunión de amigos y marcha Gran Capitán adelante. Nosotros le acompañamos.

—¿Cuál ha sido, don Rafael, su vida desde su retirada?

—Mi familia y mi hacienda. Soy un gran enamorado de la vida del hogar y de las labores del campo. Por cierto que ahora, después de más de treinta años de vivir en la huerta "San Rafael", he decidido venirme a Córdoba. En el Campo de la Merced tiene usted su casa.

Y Machaquito nos dice esto con íntima satisfacción y pleno gozo. Es natural. Del "barrio" salió hecho un chavalote, ansioso de gloria y de posición, y al "barrio" vuelve ahora a dejar transcurrir su vida entre placenteras vocaciones.

Machaquito, al estrechar nuestra mano, en son de cordial despedida, precisamente junto a la histórica Plaza de toros cordobesa, nos dice espontáneamente, señalando al coso:

—¡En ese ruedo fué en el que yo toreé siempre más a gusto!

Y marcha, camino del "barrio", erguido y fuerte, como si todavía le aguardasen tardes triunfales, escoltadas por el halagador tableteo de los aplausos...

Como si aún fuese a doblar la primera esquina y en un cartel muy grande apareciese su nombre junto al de aquel otro gran torero: Bombita.

Como si aún le esperasen por la tarde dos buenos morlacos, de mucha cabeza, para tumbarlos de dos estocadas.

XEREZ-QUINA
EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO
VALDESPINO
JEREZ

DIA DE FIESTA EN CANDELEDA

ANTONIO BIENVENIDA, MORENITO DE TALAVERA y PEPIN MARTIN VAZQUEZ toreadan a beneficio del HOSPITAL-ASILO DEL PUEBLO

Por JUAN DE XEREZ

El toro de Candeleda dicen, ¡ay!, que no es muy bravo, y al revolver una esquina ha cogido a un caledano. Y el caledano decía:

«Si me pega más abajo, ¡ay!, no me pega más arriba.»

(Antigua canción castellana con son de dulzaina.)

TODOS los años —desde hace cinco—, en tal día como hoy, Candeleda se viste de fiesta. ¡Hay to.os en Candeleda! Pero no corrida de vaquillas bravias, accedadas por el goceío endomingado, ni lidia de «marrajos» sabihondos por desgarbados principiantes. En Candeleda hay fiesta de toros solemne y postinera: con señoritas presidentas, que lucen la majera de las mantillas madreñeras y los mantones filipinos, y con espadas que son flor de la torería triunfadora.

Candeleda es pueblo rico en esa tierra de Avila que guarda las huellas de Teresa, la santa poetisa, andariega y fundadora. Pero está al pueblo como a caballo en las linderas de la fría y dura geografía abulense con las llanadas extremeñas de Cáceres.

Esta situación da a Candeleda un dichoso privilegio de dualidad vegetal. La Sierra de Gredos, con sus riscos sólo asequibles a las pesuñas funambulescas de la cabra hispánica, sirve de fondo a su paisaje.

El pico señero del Almanzor le envía su soplo helado y mece las copas de los pinos y los castaños norteños; pero como Candeleda está en la faldá de la serranía y le llegan lluvias y vientos de tierra caliente, en su término florecen también los naranjos y abren su abanico las palmeras y se alinean en escuadrones macisos los olivares.

En este bellísimo escenario se celebra desde hace un lustro, en un día del otoño dorado, esta fiesta taurina solemne y postinera. Que tuvo su origen en que, hace cinco años, estuvo ese día en Candeleda Emiliano de la Casa, ese torero nacido a orillas del Tojo, en Talavera, la Plaza que regó con su sangre torera Joselito el Gallo.

Morenito de Talavera ya entonces había iniciado su triunfal carrera. Era el novillero de «tronío» de la temporada. Había cortado su primera oreja en la Plaza de Madrid, y su effigie —morena terracotta, tostada cerámica talaverana— se asomaba aureolada de hipóboles a las páginas de los rotativos.

Y aquel día, como en el prólogo de un bello romance, se inició la causa que habría de dar —y por tradición— a Candeleda una magnífica fecha al año de fiesta, de arte, generoso y caritativo.

Porque aquel día se inició la atracción de amor entre una bella muchacha de Candeleda y el mozo torero, que ya pisaba fuerte los primeros peldaños de la fama. En Candeleda había un visjo hospital, inservible, inhabitable. Era casi un montón de ruinas centenarias.

Se recordaba que el edificio había sido asilo y estancia de pobres enfermos de la comarca, de caminantes desamparados.

Y en las almas jóvenes, encendidas por la generosidad del amor, surgió la idea de reconstruirlo de nuevo para una misión de caridad.

Y así ha sido. El amor de la bella muchacha de Candeleda y el mozo torero cuajó en dichoso matrimonio; pero antes y después no se olvidaron de la generosa promesa de sus juventudes ilusionadas.

En Candeleda se constituyó una Comisión de damas proyectoras del futuro hospital-asilo, y to.ava los años Morenito de Talavera, triunfador y dichoso, organiza este magno festival taurino, para el que encuentra la colaboración generosa de sus mejores compañeros.

Y Candeleda, gracias a esta aportación, tiene hoy ya en funciones, para remedio y auxilio de los pobres enfermos del pueblo y de las necesidades transeúntes, el hospital-asilo, pasado bajo la advocación de la Virgen de Chilla.

Santas mujeres, consagradas a Dios y al dolor del prójimo, rigen el hospital-asilo de Candeleda.

Una vez al año, el pueblo se viste de fiesta para recibir a los amigos del Moreno, a los compañeros que le prestan generosa ayuda para la gran obra de caridad que se inició con su amor de hombre.

Este año, con Morenito, han toreado en Candeleda Antonio Bienvenida, honra y prex de su dinastía, y Pepin Martín Vázquez, epigono triunfador de otra gran casta de toreros.

¡Un cartel que envidiarían para tarde de solemnidad las mejores Empresas!

Morenito, Bienvenida y Martín Vázquez realizaron artísticas proezas, refrendadas por el entusiasmo de todo un pueblo, que en los toreros veía algo más grande y cordial que su categoría de profesionales: la bondad y la generosidad de unos hombres dispuestos siempre a ofrecerse para toda obra de solidaridad humana.

Y esto sí que es una noble tradición que, a fuer de hombre y de artista, ha sabido seguir, inspirado además por el amor, Morenito de Talavera.

La generosidad de los toreros, su decisión constante de acudir en auxilio de toda necesidad, de todo dolor, no es un tópico literario.

Si hay alguna excepción —aun entre los Santos Apóstoles estaba Judas el avaricioso, el desleal— no pasa de ser esta: una excepción inhumana y triste. Lo natural, lo lógico, lo constante en los toreros, es su espíritu de generosidad.

De la que son ejemplo este bravo lidiador castellano y sus amigos y compañeros que todos los años llevan el brillo y desinterés de su arte para una gran obra de piedad en Candeleda.

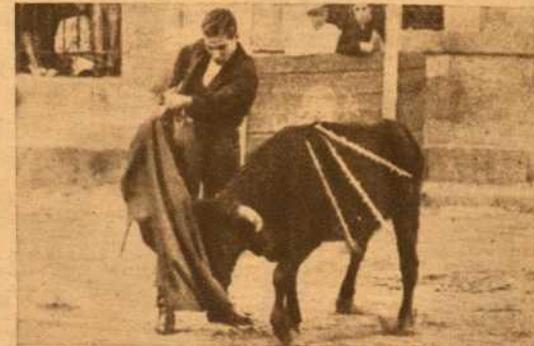
Para el hospital-asilo de enfermos y de ancianos pobres, donde todos los días unas santas mujeres piden a Dios por la suerte de los mozas valientes y artistas.



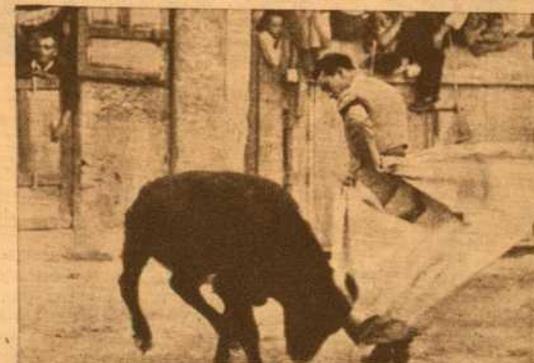
Antonio Bienvenida, Morenito de Talavera y Pepin Martín Vázquez, que actúan en el festival



Los tres diestros orando en la capilla de las Hermanitas, al comenzar el festival



Antonio Bienvenida, en un pase por alto



Morenito de Talavera, rematando con media verónica

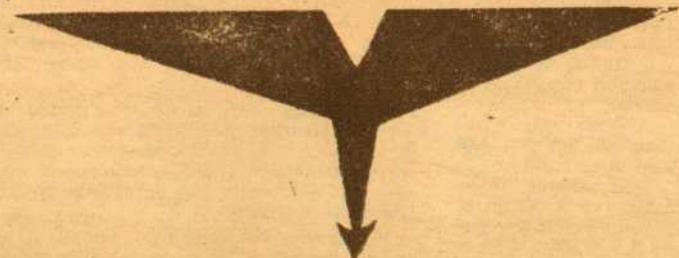


Un ajustado muletazo de Pepin Martín Vázquez

De izquierda a derecha: Pepin Martín Vázquez, Morenito de Talavera y Antonio Bienvenida



ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

EL ULTIMO DE LA DINASTIA

JUANITO BIENVENIDA ES EL OCTAVO TORERO DE LA FAMILIA

"HE PODIDO VENCER LA OPOSICION DE MIS PADRES Y MIS HERMANOS Y ESTOY ILUSIONADO CON TOREAR"

38 orejas, 15 rabos, dos patas y nueve salidas en hombros son los trofeos de esta temporada



Juanito Bienvenida

Señorial mansión, donde todo es pura tauromaquia. Se vive única y exclusivamente para la fiesta nacional. En esta calle madrileña del General Mola, la dinastía Bienvenida, que tuvo comienzo en el padre del «Papa Negro», don Manuel Mejías Luján, ha llegado al tope en der figuras a los toros. Aquí, en Juanito Bienvenida, el último de la familia Mejías, concluirá por unos años, hasta que los hijos de los que hoy defienden el pabellón de una familia netamente torera surjan con los mismos bríos y afición.

Estos son los Bienvenida. Para afición, son solera y un vivir constante para mejorar las distintas suertes. En Juanito Bienve-



Juanito Bienvenida en el jardín de su casa, con su galgo favorito

Y tras de mí, Manolito, Pepe, Rafael, Antonio, Ángel Luis y Juanito. Mis seis hijos, que han vestido el traje de luces, siguiendo la trayectoria taurina de sus antepasados. Así nos habló don Manuel Mejías cuando visitamos a Juanito. En la improvisada plaza, el novel diestro, y en el piso, tras la cristalería de la galería, el padre, que ya sonríe viendo el entrenamiento del menor de la dinastía.

«ESTOY APRENDIENDO»

Amplio jardín, y a un lado, el terreno acotado para el entrenamiento, Juanito Bienvenida, el Niño de la Palma, Antonio, Ángel Luis y otros amigos que aspiran a coledados ensayan faenas, intentan nuevos pases, se adiestran en el manejo de la muleta con un pesado estoque de hierro. Y de director de lidia, don Manuel, satisfecho y dispuesto a intervenir siempre. Esto, todas las mañanas, durante meses y meses, con voluntad férrea y afición sin límites.

—Y querían apartarme viendo esto todos los días... Las palabras del pequeño tienen ya un motivo de satisfacción. Porque ha vencido en una lucha con una oposición general.

—¿Y qué era lo que querían con tu alejamiento? —Que no fuera torero. Eran muchos, según mi padre, y me querían distraer llevándome al cine; me sacaban entrada para los toros... y si alguna vez marchaba a las tientas, me echaban becerros toreados, para que, a fuerza de golpes, se me fuera la ilusión.

—¿En cuántas novilladas has intervenido? —Esta es mi primera temporada, y en todas actué sin caballos, y sigo con idéntico pensamiento para la próxima. Si acaso, allá para septiembre, algunas que puedan servirme de comprobación sobre el avance que he experimentado. Hasta que lo diga mi padre, maestro mío hoy y siempre.

Juanito, sevillano de nacimiento, adorna sus frases con un ceceo andaluz que no ha podido desplazar con sus quince años de vida madrileña.

—En total —hace la cuenta de sus actuaciones—, quince sin caballos, con treinta y ocho orejas cortadas, quince rabos, dos patas y nueve salidas en hombros. Este es mi historial.

—¿Y has pensado sobre tu presentación en Madrid? —Eso se mide mucho. No puede venirse a la Plaza de más responsabilidad sin estar «puesto». Ni en la próxima lo efectuaré, porque no tengo prisa y quiero hacerme, cuajar, y entonces... sí.

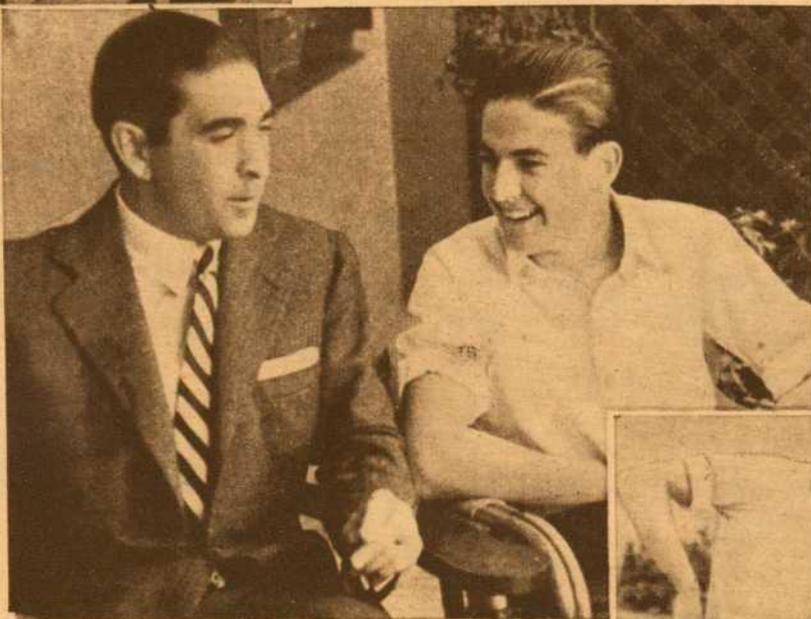
Motilla de Palancar fue donde debutó, con Juanito Zamora. Y el éxito mayor, en Valdepeñas.

De entonces a hoy, Juanito es otro en la práctica del toreo.

—No sabía más que ponerme delante —dice, entre carcajadas infantiles—. Pero a fuerza de golpes, se aprende.

Ahora todo son pensamientos para el futuro. El «peque» de los Bienvenida tiene grandes ilusiones; pero la mayor es tomar la alternativa con ocho toros y la participación de los cuatro que hoy componen los éses de la baraja taurina de esta familia que nació para torear.

JOSE CARRASCO



El pequeño de los Bienvenida con su hermano Pepe (Fotos Manzano)

nida se condensa todo el aprendizaje de ocho matadores que llegaron cuajados, impetuosos y con un puesto fijo en el escalafón.

Son Bienvenidas al fin... sin trampa ni cartón. Y a los toros se entregaron de lleno, como este benjamín que hoy trata de unir su nombre al glorioso de sus hermanos. Juanito Bienvenida es el último de la dinastía, superado en afición y con unas enseñanzas que no tuvieron los otros... Eso ha encontrado el menor de los Bienvenida... y muchas dificultades hasta encontrar este apoyo que le negaban todos... su padre, hermanos, amigos...

NO QUERIA MAS TOREROS...

Su padre era el mayor enemigo para el resurgimiento de Juanito. Sabía por el mismo los peligros. Y no quería más toreros. Se encontraba ya satisfecho con lo de los demás, y apelaba a todos los resortes con el fin de impedir que toreade el nuevo diestro, que apuntaba cosas, infinidad de detalles majestuosos para llegar.

Era una lucha familiar en contra de una afición común. Y Bienvenida (padre) esta vez se inclinó por que no toreade.

El «Papa Negro» tenía razón. Pero la juventud arrolla y no ha podido desviarlo. Hoy ya lo acompaña, le enseña cosas... como estar en la Plaza y la consecución en el pase que ha de ser perfecto... con cierta gracia andaluza, que él los legó y se mantiene viva.

«Tenía bastante con ellos. Es una familia torera que dió principio en mi padre. Continué en mí y mi hermano Pepe, banderillero en mi cuadrilla, pues no pasó de peón.



Entrenándose con la muleta en el jardín de su casa

ALMANAQUE-DIRECTORIO TAURINO 1946

Lista completa de matadores de toros y novillos, rejoneadores, apoderados, críticos, empresas, ganaderos, Plazas, fechas de fiestas, estadísticas y multitud de datos indispensables, con direcciones completas. Organiza un sensacional

PLEBISCITO TAURINO 1946

por el que se concederá:

La oreja de oro, al mejor matador de toros.

La oreja de plata, al mejor novillero.

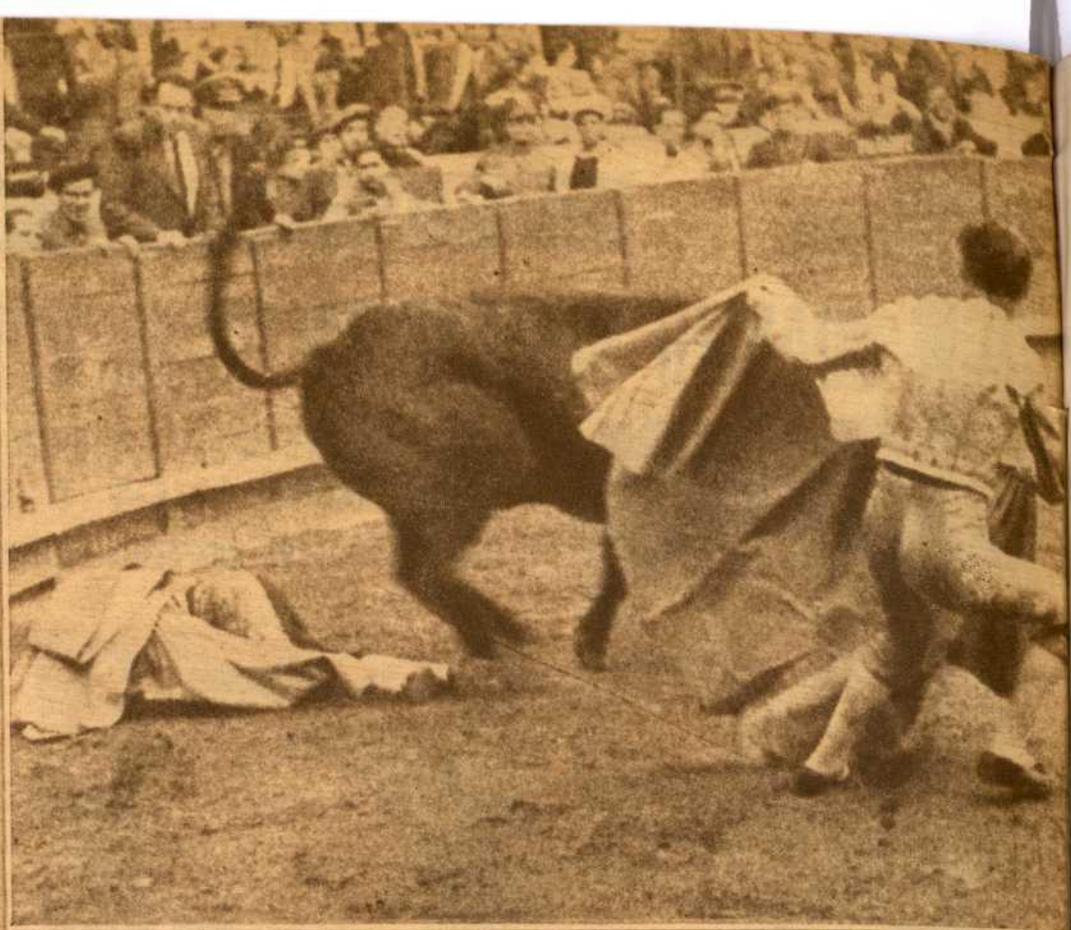
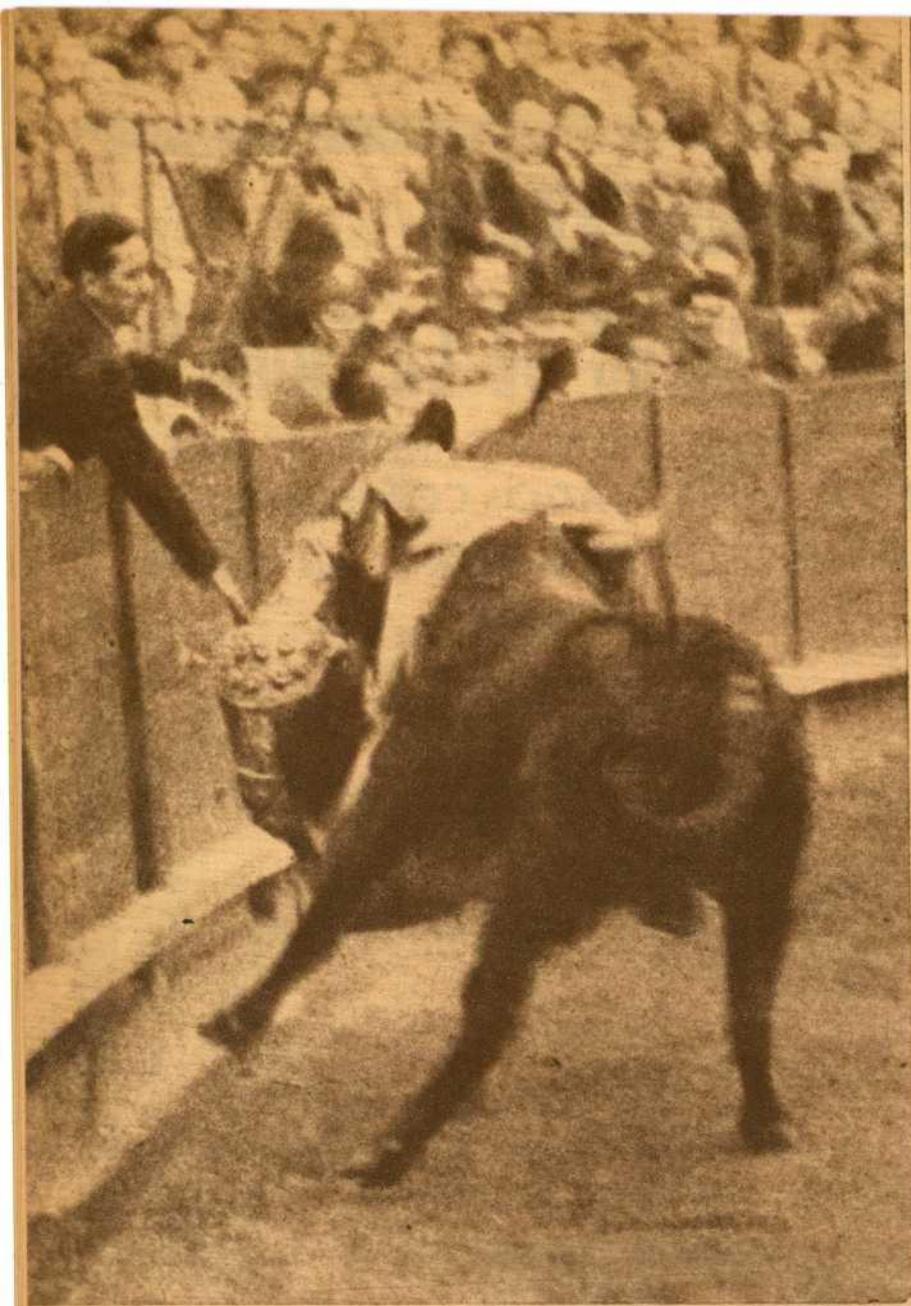
El toro de oro, a la mejor ganadería.

Y 600 premios importantes a los aficionados que tomen parte en el plebiscito.

Suscríbase desde ahora a un ejemplar, y cuando aparezca lo recibirá contra reembolso de pesetas 12.

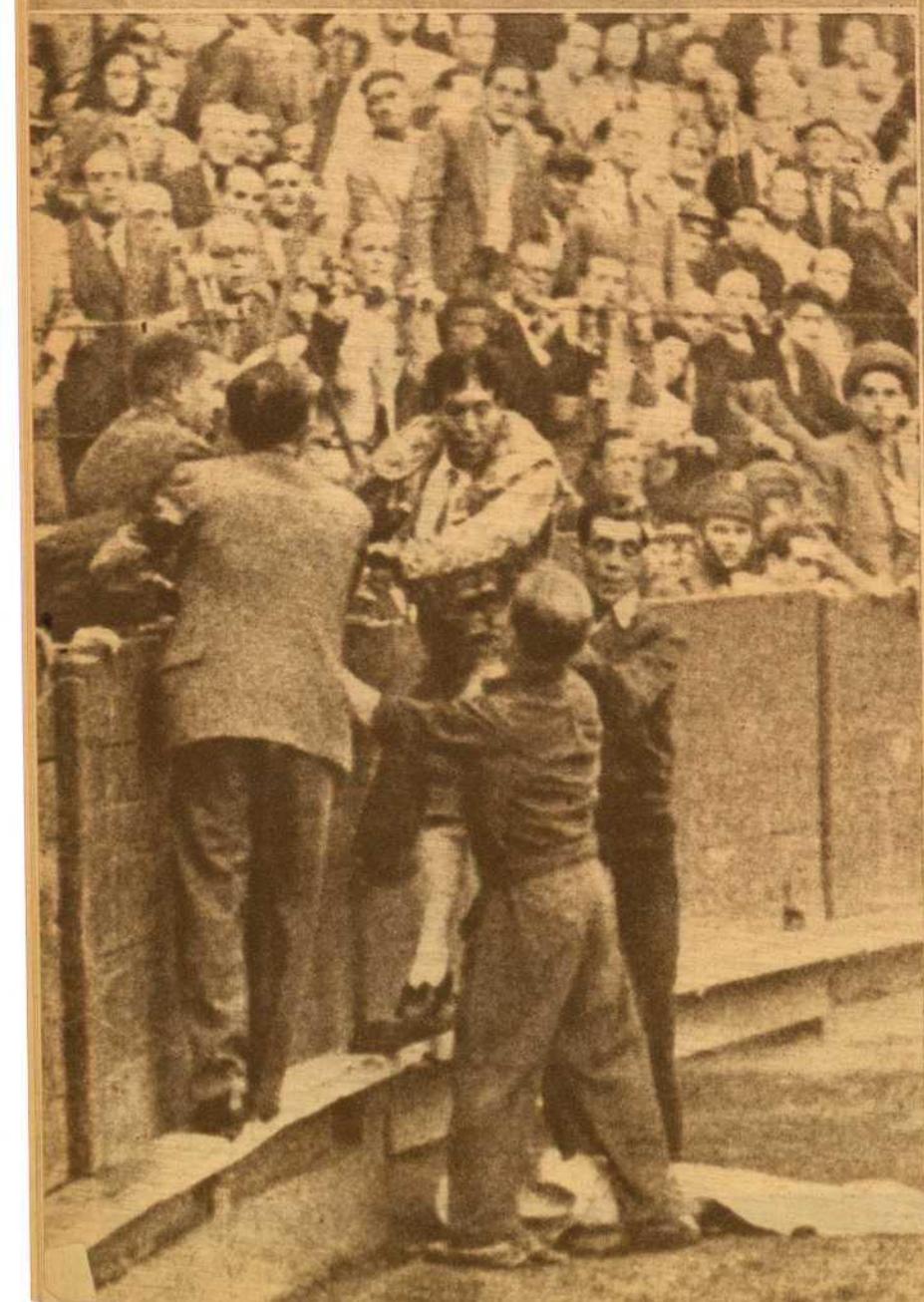
S. A. P. E. — Apartado 9.031.—Madrid.

NOTA IMPORTANTE. — Toreros, apoderados, ganaderos, empresarios y cuantos dediquen sus actividades a toros, tienen interés en enviar inmediatamente sus nombres y direcciones completas, para no dejar de figurar (gratuitamente) en el Almanaque y para evitar errores en las direcciones que ya poseemos.



COGIDA DE CARNICERITO DE MEJICO EN BARCELONA

Cuatro momentos del grave percance
sufrido por el torero mejicano, el domingo en
la Monumental de Barcelona (Fotos Valls)





Un toro al corral
(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: José Sánchez del Campo, Cara-Ancha.
(Dibujo de Enrique Segura.)